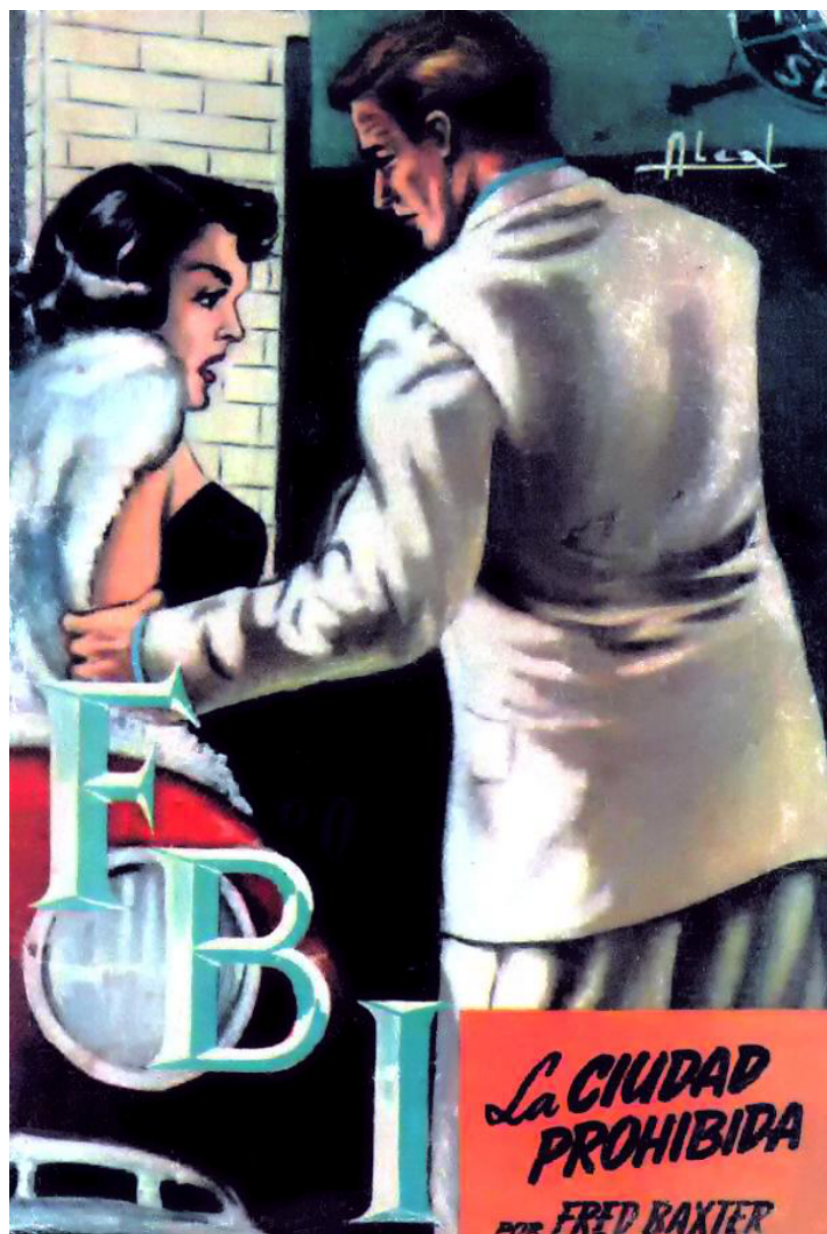




FRED BAXTER

LA CIUDAD PROHIBIDA



FRED BAXTER

LA CIUDAD PROHIBIDA



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1952
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- | | |
|--|-------------------------------------|
| 1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1). | 25. Una ciudad abierta (4). |
| 2. La hora gris (4.ª ed.) (1). | 26. Horas trágicas (7). |
| 3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2). | 27. La muerte alada (3). |
| 4. El cobarde (3.ª ed.) (1). | 28. Doctor X (1). |
| 5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3). | 29. El coloso de hierro (6). |
| 6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1). | 30. Trampas mortales (5). |
| 7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2). | 31. Contrabando funesto (3). |
| 8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3). | 32. Nueva York-San Francisco (7). |
| 9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4). | 33. Entre rejas (1). |
| 10. La redada (2.ª ed.) (5). | 34. Muerte en el Caribe (6). |
| 11. Shanghai (3.ª ed.) (1). | 35. Secuestro (5). |
| 12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2). | 36. El dueño del mundo (4). |
| 13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5). | 37. Hermano contra hermano (7). |
| 14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6). | 38. Filibusteros modernos (2). |
| 15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7). | 39. Palestina en llamas (3). |
| 16. Tánger (3.ª ed.) (1). | 40. La ley del terror (8). |
| 17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5). | 41. A la desesperada (5). |
| 18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4). | 42. La promoción de la muerte (6). |
| 19. Alta traición (2.ª ed.) (2). | 43. Tinieblas (1). |
| 20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1). | 44. Espías en la noche (2). |
| 21. El delator (6). | 45. Fidelidad (6). |
| 22. Armonías de muerte (3). | 46. Sin cuartel (7). |
| 23. Destinos cruzados (1). | 47. Armour, expulsado (5). |
| 24. Persecución (5). | 48. La huida de Varka (3). |
| | 49. La Maffia (1). |
| | 50. Ala-ka, final de ruta (8). |
| | 51. Tras el telón de acero (6). |
| | 52. Gangsters de guante blanco (9). |
| | 53. ¡Acusado! (7). |
| | 54. Misterio en Viena (5). |
| | 55. El genio del mal (8). |

53. Hombres armados (10).
57. Pavorosa elección (5).
58. La bestia escarlata (3).
59. Huellas de ultratumba (11).
60. S. O. S. (3).
61. Billetes malditos (3).
62. Camino de perdición (12).
63. Camaradas enemigos (3).
64. A la deriva (6).
65. ¡Odio! (1).
66. Cita de madrugada (3).
67. «Killers» a sueldo (5).
68. Muerte en el atardecer (4).
69. Loup-Garou (3).
70. Punto final (5).
71. ¡Mirad a las sombras! (3).
72. Entre esas brumas... (5).
73. Tortura (13).
74. El confidente (3).
75. ¡Terror! (5).
76. El final de Rocco (5).
77. El vengador negro (1).
78. ¡Codicia! (8).
79. Sentenciado (6).
80. Secreto de Estado (4).
81. Alias «Lugger» (5).
82. Hora «D» (3).
83. Carne de horca (4).
84. Tráfico mortal (8).
85. Jack el Invencible (1).
86. Rastros perdidos (6).
87. Contrato siniestro (3).
88. Traición sangrienta (14).
89. Al borde del abismo (5).
90. Crimen y justicia (1).
91. Hombres sin alma (3).
92. ¡Sabotaje! (8).
93. La marca trágica (5).
94. Misión suicida (4).
95. Lucha a muerte (5).
96. Rebelión (3).
97. Hampa de frac (1).
98. Caza mayor (4).
99. La muerte falsifica dolores (15).
100. Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición.)
101. De Harvard a Quantico (16).
102. El asfalto es rojo (5).
103. Tragedia en Chinatown (14).
104. Soborno (3).
105. Vida en deuda (17).
106. Aguas turbulentas (4).
107. La araña verde (8).
108. Contraespías (18).
109. Noches de Nueva York (5).
110. ¡Aniquilados! (19).
111. La risa sardónica (3).
112. Chantaje (4).
113. Canon de protección (20).
114. El misterio de los locos del aire (21).
115. El hombre de Whitechapel (5).
116. Al llegar la noche (8).
117. Ciudad vertical (22).
118. Hombres y bestias (1).
119. La máscara (3).
120. Destino manda (23).
121. Sin esperanza (4).
122. La tela de araña (24).
123. Una sombra... (5).
124. Sin nada que perder (4).
125. Fidelidad, Brabura, Integridad (3).

EN PREPARACION:

Fatalidad.

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Mans. | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Grey. |
| (2) Fred Baxter. | (11) Thomas Settee. | (19) Edgar Ford. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nebot. | (20) Andre O'Sun. |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wanton. | (21) Fel Marty. |
| (5) O. C. Tavin. | | (22) Dana Yonell. |
| (6) Alar Benet. | (14) F. N. Graw. | (23) Al Gaillard. |
| (7) A. G. Murphy. | (15) Robert Deaf. | (24) Chester King. |
| (8) Lewis Haroc. | (16) Alan Carson. | |
| (9) J. L. Martin. | (17) Alw Cortron. | |

I

SOBRE EL MAR AMARILLO



N el Palacio de Justicia de Washington reinaba, en la tarde de aquel día caluroso, un movimiento inusitado. Puertas que se cerraban de golpe, rápido subir y bajar escaleras, timbrazos de llamada, sonar de teléfonos, entrar y salir de empleados demostrando una prisa extraordinaria, revoloteo de papeles sobre las mesas de las oficinas y por encima de todo, ese «rum, rum» onomatopéyico que semeja el ruido de colmena.

¿Qué ocurría para que los centenares de empleados corrieran medio alocados de un lado para otro cumpliendo órdenes de sus superiores sin acertar a librarse del secreto terror que los

dominaba?

Una ola de pánico lo envolvía todo como un asfixiante sudario. Las noticias que se recibían no podían ser más alarmantes. Los comunicados del Departamento de Defensa resultaban aterradores. Un radiograma recibido a última hora del laboratorio de Sutton Oak era un

«S. O. S.»

desesperado. La red de espionaje internacional había conseguido descargar certeros golpes.

El M. I. 5 (similar inglés del
F. B. I.),

buscaba en sus desesperados sondeos un poco de luz en aquellas penumbras agobiantes.

A todo esto era debido el revuelo armado aquella tarde en el Palacio de Justicia de Washington, donde estaba instalado el eficiente y admirable

F. B. I.

(Federal Bureau of Investigation).

Barcos armados de proyectiles cohetes surcaban los lejanos mares asiáticos ejerciendo una vigilancia salvadora. La paz iba a ser turbada y era menester precaverse.

En el despacho del jefe del
F. B. I.

sonó el teléfono y una voz lejana se dejó oír. Poco después; el agente especial R3, o sea Charles Duncan en persona, penetró en la oficina.

—¿Me llamaba, jefe?

El jefe indicó un asiento y mostrando un mapa desplegado encima de la mesa, respondió:

—Malas noticias. Dos de los mejores cartógrafos han desaparecido y en nuestra base naval de Che Chú se han realizado actos de sabotaje. El vicecónsul de Port Hamilton ha sido asesinado y nuestros agentes en Seúl no dan señales de vida; por todo esto, el
F. B. I.

ha de ponerse en campaña inmediatamente. Se trata de ir a Corea y realizar una investigación a conciencia, contando, para ello, con todas las fuerzas armadas del país. Cualquier ayuda, cualquier dato, será proporcionado por nuestros aviadores y marinos. Sin embargo,

la misión ha de ser secreta. Hay que luchar contra una fuerza poderosa y desconocida, sorteando los peligros, que serán muchos.

—Comprendo —aceptó Duncan—; debo ir a Corea.

—Es preciso. El

F. B. I.,

luchará en defensa de la paz. Tengo confianza en usted, Charles. Cuando encargo una comisión difícil a uno de mis hombres es porque conozco su capacidad y sus méritos; no puede fracasar porque su fracaso sería el mío propio. Caminamos sobre un volcán que puede entrar en erupción de un momento a otro y se trata de salvar millones de vidas. Según mis informes, nuestros observadores han visto en el Yalú a numerosos juncos armados que parecen proceder del Norte; ahora bien: hay que enfocar este asunto con mucha cautela y diplomacia. Sus informes servirán para tomar decisiones eficaces y oportunas a su debido tiempo. Más tarde le daré mis últimas instrucciones y no olvide que de su proceder depende la paz o la guerra. Un avión está preparado para conducirlo. Tiene veinticuatro horas para hacer sus preparativos de marcha.

Incorporóse Duncan estrechando la mano de su jefe y salió pisando con paso firme. Era la primera vez que le tocaba actuar fuera del país, pero había sido elegido para aquella peligrosa misión por ser de los pocos que sabían hablar el chino. Lo había aprendido en los fumaderos de opio de San Francisco y ahora le iba a servir para representar un papel de circunstancias.

Silbando bajito penetró en el Café Luke de la diagonal 33 y pidió un té chino.

Tenía que ir acostumbrándose...

El mozo le dirigió una miradita preñada de ironía, y Charles le dijo algo que le hizo ponerse serio.

En aquel mismo momento, desde el Departamento de Defensa impartían órdenes concretas, severas y tajantes; órdenes que cruzando los mares irían a revolucionar las hoscas soledades de los desiertos asiáticos. El mundo era un hormiguero; descubiertas las manipulaciones del enemigo encastillado en su política de retroceso, sólo quedaba una fórmula eficaz: tirar de la manta y descubrir lo que hubiera debajo.

Soplaban vientos contrarios en la fronda inmensa. Varios

agentes del

F. B. I.

habían desaparecido sin dejar rastro, pero otros se aprestaban a ocupar sus puestos. De la Academia de Quantico salieron persuadidos de que su misión permanente era escuela de sacrificio y estaban dispuestos a ofrendar sus vidas por la patria, siempre en servicio activo.

Charles Duncan realizó algunas compras, visitó a su madre, despidióse de los amigos sin decirles su punto de destino y se encaminó en un «taxi» al aeródromo provisto de una maleta de cuero de regulares dimensiones en la que llevaba lo más preciso.

Vio el aparato que le aguardaba. Era un «Mercury Swift F 5» de nuevo modelo. El aviador vino a su encuentro. Era un muchacho simpático, de mirada franca y sonrisa abierta; uno de esos hombres con los que se simpatiza enseguida. Se conocían y no fue menester recurrir a las presentaciones.

—¡Hola, Toby!

—¡Hola, Charles!

Los dos hombres se estrecharon las manos y se dirigieron al «bufet» a la sazón, desierto.

—Misión secreta —dijo Charles.

—Lo sé; partiremos en cuanto oscurezca.

—Un buen salto, Toby.

El camarero les sirvió unos «*whiskies*» con soda. Bebieron en silencio. El cielo estaba azul y las nubes se deslizaban como lagunas movibles. Una pareja penetró en el «bufet». Ella parecía extranjera. Era alta y delgada, excesivamente rubia y usaba lentes. Él, un poco achinado, parecía pertenecer a esa raza inconfundible de los mogoles. Miraron a los dos amigos y fueron a situarse en un rincón ocupando una mesita. Dijeron al camarero lo suficientemente alto para ser oídos:

—Esperamos el avión de San Francisco. Nos han dicho que llega con retraso.

—Treinta minutos.

Toby miró a Charles y éste hizo un gesto de asentimiento que quería decir «sospechosos».

Iba muriendo la tarde entre cendales de bruma y empezaban a brillar las primeras luces. Nuevos visitantes llegaron al aeródromo.

El gran reloj colocado debajo de la tribuna marcaba las ocho. En los aires se agitaron unas alas y el moderno «Albatros» surgió entre nubes. El ruido del motor se fue acercando y al fin asomaron las hélices. La muchedumbre, curiosa, se arremolinó buscando posiciones más cómodas. La rubia desapareció entre aquel mar de gente.

Poco después el aparato tripulado por Toby y Charles se elevaba majestuoso desapareciendo bien pronto en el espacio.

Mientras tanto la rubia había subido al aparato procedente de San Francisco, en donde fue recibida por el propio telegrafista que, al parecer, la esperaba, pues la preguntó:

—¿Tiene «eso» preparado?

—Sí; aquí lo traigo. «Eso» era un papel escrito a máquina que ella entregó, diciendo:

—Aquí le espero.

El telegrafista recorrió el espacio que le separaba del aparato de radio, y sentándose comenzó a enviar el siguiente radiograma:

«Che Fun. Ciudad Prohibida, En estos momentos, nueve de la noche, hora americana, salen del aeródromo dos hombres pilotando un “F 5”. Uno de ellos es miembro del

F. B. I.

Se dirigen a Fort Hamilton y es necesario impedir que lleguen. Atención, atención, habla Lu Yang...»

La voz hablaba en un lenguaje extraño. Siguió la comunicación con una serie de números y signos, probablemente alguna clave secreta.

Cuando el telegrafista volvió a presencia de la dama, explicó:

—Hay tormenta sobre el mar del Japón... Se oía muy mal, pero pude transmitir todo el mensaje.

—Gracias Robert —contestó ella entregándole un billete de mil dólares, abandonando después el avión.

En medio del grisáceo firmamento ascendía Toby conduciendo el aparato que obedecía dócil a los mandos como el corcel al freno. Después de la escala en San Francisco y en Honolulu, emprendieron el salto final. El aire era claro como el cristal y allá abajo, a unos dos mil metros, las aguas del mar Amarillo, iluminadas por una luna mortecina, se extendían cual una inmensa llanura de arena, pero en ese momento, tanto él como su acompañante, Charles,

metidos en una peligrosa aventura de la que no sabían cómo poder salir, no tenían ojos para contemplar la belleza del infinito panorama, atentos tan sólo a observar unos puntos negros en el espacio.

—Parecen aviones —aventuró Charles.

—Nos persiguen —aseguró Toby.

No cambiaron más palabras porque tampoco eran necesarias. Toby, empuñando los mandos, torció el gesto y Charles fue a quitarle la funda a la ametralladora.

El «F 5» veíase obligado a huir buscando los rincones de niebla para poder pasar inadvertido. No tardaron en observar que sus perseguidores eran cuatro cazas que taladraban el firmamento volando en forma de herradura. Toby accionó la palanca y el aparato pareció capotar y por fin se hundió de proa descendiendo más de mil metros como una flecha hasta conseguir estabilizarse. Los dos motores Allison del «F 5» sonaban suavemente a pesar de las violentas maniobras del avión.

Tenían que aterrizar en uno de los numerosos islotes que rodean a Corea, pero había que elegir bien. A veces creía verse un islote y cuando se disponía al descenso el islote desaparecía. En otras ocasiones, la tierra parecía deshabitada y en cambio era guardadora de una guarnición de tropas enemigas. Aunque no estaban en guerra, los ataques cobardes y solapados menudeaban, y después de las reclamaciones diplomáticas en las cancillerías, todo quedaba olvidado; la vida de un aviador no tenía el valor suficiente para comprometer la paz del mundo, sin pensar que la paz ya estaba sobradamente comprometida.

Toby se elevó de nuevo buscando desorientar a sus perseguidores y enfiló hacia un islote realizando un amplio círculo. Observó su indicador de velocidad aérea, dejó escapar un silbido y de pronto aminoró la marcha. Charles estaba callado, pero sus ojos inquietos y curiosos seguían buscando algún signo de vida en aquel cintajo de arena guarnecido de rocas igual que un estuche.

Toby miró con recelo a su medidor de combustible; después echó un vistazo al altímetro, alterando el vuelo. Entonces se fijó que los alerones presentaban sendas muestras de los disparos. En aquel momento, una bengala se elevó en el espacio, y como si aquello hubiera sido la señal, sonaron sordas detonaciones.

Charles se dispuso a contestar, pero Toby le hizo señas con la mano por encima del hombro para que aguardase un poco; no convenía precipitarse.

Desde luego, el «F 5» era más veloz y jamás podrían alcanzarlo, pero tanto Toby como Charles eran poco amigos de huir aun tratándose de enemigos superiores. Los dos amigos ignoraban la bandera a que pertenecían aquellos aparatos; sólo sabían que eran enemigos porque se portaban como tales. Las mandíbulas de Charles se fruncieron en un gesto trágico mientras Toby, tomando una suprema decisión se disponía al ataque. El «F 5» viró de pronto embistiendo a sus perseguidores. Éstos debieron comprender el peligro que aquella audacia representaba, porque se abrieron en el acto cual una bandada de gaviotas asustadas. Uno de ellos se retrasó en la maniobra y fue alcanzado por los tiros de la ametralladora. Se retorció en el aire formando un tirabuzón, intentó planear, pero no pudo conseguirlo; perdida la estabilidad llegó al agua como una piedra y se hundió con un potente chapoteo, levantando cascadas de espuma.

Charles lanzó un «hurra» que era en aquellos cielos lejanos como un vibrante saludo a la bandera de la patria, cuyos sagrados colores estaban defendiendo dos hombres solos sobre las turbulentas aguas del mar Amarillo.

De los tres aviones restantes salieron llamaradas de fuego. Toby, atento a la dirección seguida, obligó a su aparato a pasar por debajo de los otros mientras Charles hacía funcionar la automática. Vio al avión enemigo inclinarse de costado, y sintió como si todo su organismo se volcara hacia el exterior, pero sus ojos seguían fijos en aquel manchón gris que se le venía encima. Toby cambió el rumbo evitando el choque. Una llamarada seguida de violentas explosiones anunciaron el final del segundo aparato perseguidor, que empezó a descender dejando tras sí una roja cola de fuego.

«Muy hermoso —pensaba Charles— resultaba ver a ese avión abriendo brecha en las aguas bravías».

Otro piloto menos diestro que Toby hubiera sucumbido, pero él pertenecía a los veteranos de Guadalcanal, que en la última guerra pusieron tan alto el pabellón de la audacia. Maniobró de costado y accionó el timón de la derecha, confiando en que el motor pudiera engranar a tiempo. Una fila de agujeros en la carlinga demostraba

la violencia del ataque. El «F 5» tenía averías.

—Hay que aterrizar —gritó a su compañero.

Empezaba a sentir un extraño malestar, como si se encontrara boxeando y el contrario lo hubiese dejado medio «groggy». Claro que en el *ring* era diferente, porque allí se podía esperar que se le contasen los segundos y durante esa pausa reaccionar a tiempo, más ahora era muy distinto. Impulsó al «F 5» hacia adelante y el aparato, como caballo desbocado, se abalanzó trazando una gran curva en el espacio.

Charles no perdía el tiempo. Había encañonado al pasar a uno de los aviones, disparando tan a tiempo, que una ráfaga de ametralladora pareció segar por la mitad al piloto, que se dobló sobre la rueda. El aparato entró en barrena y poco después levantaba, columnas de espuma.

—¡Vamos por él! —chilló Charles muy contento—. Sólo queda uno.

Pero se equivocaba. El avión restante huía entre la niebla mañanera de aquel amanecer sombrío buscando la salvación en la distancia.

—Enemigo que huye, puente de plata —murmuró Toby, satisfecho.

El aparato fue descendiendo hasta alcanzar los quince metros sobre el nivel del mar. Casi rasando el agua buscó un sitio para poder aterrizar. Vio peligrosos arrecifes a flor de agua, filosos escollos como lanzas que defendieran las orillas. Más allá aparecía una isla escasa de vegetación y con grandes colinas.

Toby se elevó un poco. El «F 5» obedecía mal debido a las heridas recibidas. Por fin, consiguieron aterrizar entre las luces pálidas del amanecer.

Perdidos en la niebla, abandonaron el aparato y se dedicaron a buscar un alojamiento en aquel islote, pero éste parecía desierto. Sin duda formaba parte del grupo de islas existentes al oeste de Corea. Tal vez estuviesen pisando tierra enemiga, todo podía ser, pero ya era tarde para volverse atrás. La isla era bastante extensa. Vieron algunas acaldas (arbolillo ericáceo, originario del Cáucaso, de hermosas flores que contienen una sustancia venenosa); también hallaron varios rododendros y una especie de gramínea de raíces profundas, pero ni una señal de vida en aquel arenal.

Al asomarse al borde de los acantilados, Toby lanzó una exclamación de asombro. Una profunda galería a flor de agua se internaba por debajo de la isla. Descendieron hasta alcanzar un escalón en la roca y sus ojos, agrandados por el asombro, vieron como un enorme cetáceo que parecía dormir flotando.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Toby—. Si es una base de submarinos.

En efecto, así era. Aquel ballenato de acero representaba una fuerza controladora de los pasos de las naves.

Se retiraron más que aprisa y volvieron en busca del aparato. No podían permanecer allí más tiempo; sin embargo, tampoco la huida era fácil mientras el «F 5» no sufriera las oportunas reparaciones.

—Base de submarinos —murmuró Charles—. Sí que es raro... ¿Cómo será que no hemos encontrado a nadie? En toda la isla no se ve ni un solo edificio. ¿Dónde está la gente?

—¿Y si fuera una base abandonada?

—No lo creo; aquel submarino parecía estar en muy buen estado.

—Pues no lo entiendo.

—Será mejor que tratemos de salir de aquí, porque si nos sorprenden nos tomarán por espías y después de fusilarnos, es posible que comprendan que estaban equivocados.

—Parece mentira que aún tengas ganas de bromas.

Ya era de día. En todo cuanto alcanzaba la vista no se divisaba la más leve señal de vida. Aquello era un desierto rodeado de agua, de eso no cabía duda.

Mientras trataban de reparar las averías del avión, ambos pensaban en muy distintas cosas. Para Charles, espíritu de sacrificio, cerebro sano y alma pura, no existía más que un sendero: la ley. Recordaba su misión; él había venido al Asia para averiguar el final de sus compañeros desaparecidos. El

F. B. I.,

escuela de héroes, iba sembrando mártires por todos los rincones de la tierra; dos cartógrafos en misión oficial secreta se perdieron en Seúl. Agentes del

F. B. I.

salieron en su busca y sufrieron el mismo destino. América enviaba a sus hijos para controlar los pasos de Oriente; esto trajo, como es

natural, el odio de razas...

Toby pensaba en cosas muy distintas. En Washington había dejado a su novia, una preciosa muchacha con la que pensaba casarse a su regreso. Se llamaba Ana y era modista. Ya tenía un pisito buscado en Melwyn Street, cerca de la estación Pacífico. Aquel viaje había retrasado todos sus planes, pero él era un eslabón de la cadena policíaca y estaba obligado a obedecer en todo momento.

—¿En qué piensas, Toby? —preguntó Charles.

—En mi novia, ¿y tú?

—También.

—No sabía que tuvieses novia.

—Mi novia es el deber.

Toby lo miró, pero las facciones de Charles denotaban la tranquilidad de sus profundos pensamientos y no vio nada que alterase el significado de sus palabras; sin embargo, se atrevió a replicar:

—No creo que llegues a viejo sin conocer el amor.

—Tampoco yo lo creo.

—Estamos perdiendo el tiempo. Necesitaríamos una fragua para poder construir unos remaches, de lo contrario, el arreglo es imposible y si remontamos el vuelo en esta situación; nos exponemos a estrellarnos.

—Sea como sea hemos de procurar salir de aquí.

—¡Como no sea nadando...!

Callaron. Un sol perezoso trataba de asomar en el lejano horizonte. Debajo de las nubes, una raya escarlata parecía dividir el mundo.

En aquel momento Charles conectó la radio y una voz lejana llegó hasta ellos. Era la voz de la patria, la voz de América cruzando los mares para llevar a sus hijos mensajes cálidos de amor y esperanza.

Ambos se quedaron escuchando. Para ellos, todo quedaba relegado ante las noticias esperadas.

—Es California —dijo Charles.

—Calla; ahora habla el locutor de la Armada.

No tuvieron tiempo de seguir escuchando. Hasta ellos llegaron ruidos de pasos y al volverse se vieron rodeados por una doble fila

de fusiles que les apuntaban.

Levantaron las manos y entonces uno de los hombres les empujó con cierta violencia.

Pero Charles se detuvo, apartó al hombre que le empujaba y dirigiéndose al jefe de la tropa exclamó:

—Capitán: el

F. B. I.

os trae su saludo.

Cosa extraña. Todos los soldados al escuchar tales palabras se cuadraron, presentando armas.

Toby abrió una boca de un palmo.



¿CONOCE USTED

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

II

LA CIUDAD DE LOS ÍDOLOS



HARLES y Toby viéronse agasajados por sus compatriotas. Habían ido a caer en una pequeña base naval americana oculta entre los recovecos de los acantilados. El jefe les explicó lo que ellos ignoraban. Según las últimas noticias se trataba de encender la mecha de la guerra en Corea bajo el pretexto de falsas negociaciones con el extranjero, y los Gobiernos de Europa y América deseaban impedirlo, pero ya no era fácil. Cuando un pueblo se divide en fracciones y no obedece más voces que las de su capricho, le espera el caos.

Los súbditos americanos eran perseguidos en Seúl, la gran ciudad de los romances y las leyendas. Por el río Yalú bajaban juncos cargados de aventureros. La Prensa de la capital coreana se expresaba en sentido distinto, pero con una gran semejanza de criterio; así el «Keijho Nippo», periódico oficial, decía que los malos

patriotas querían ensangrentar la península con sus intrigas insidiosas. El «Seúl Press», periódico inglés, afirmaba que la situación seguía siendo nebulosa y que todos estaban obligados a poner de su parte un poco de comprensión para salvar la nave antes del naufragio. El «Cho Sun Il Pao», periódico coreano, iba mucho más lejos, pues afirmaba sin subterfugios que dentro del país se estaba forjando una guerra civil que estallaría a plazo fijo cuando sus organizadores quisieran.

Debido a esto, consulados y embajadas tomaban precauciones. Después de la desaparición de dos cartógrafos americanos, el F. B. I.,

tomó cartas en el asunto y uno de sus más finos sabuesos estaba en camino dispuesto a investigar lo que hubiera de cierto en aquel infierno.

El comandante de la base, Norman Shurtleff, había recibido instrucciones concernientes a la llegada de aquellos dos emisarios y por eso cuando se quedó a solas con ellos, les dijo:

—Hay contraorden, amigos. Ustedes seguirán viaje a Corea en una canoa automóvil que tengo preparada. El aparato «F 5» se queda aquí, al menos por ahora. El servicio de espionaje enemigo ha sabido su llegada y por eso salieron a recibirles. Ya han visto la bondad de sus intenciones. La estación de radar nos ha informado ampliamente. La misión de ustedes, según mis instrucciones recibidas por radio y en mensaje cifrado, son las siguientes: Al llegar a Seúl se presentarán al cónsul americano, quien les facilitará disfraces, dinero y datos. Desde este momento sus vidas correrán grave peligro. Dentro de la ciudad circulan espías bien pagados dispuestos a todo. Hay una sociedad secreta con amplias ramificaciones y nuestro servicio secreto no ha podido localizarla; creo que se llama «Los esclavos de la libertad», si no estoy equivocado. Tan pronto la canoa les deje en la desembocadura del río Seúl, procurarán tomar el ferrocarril que les conducirá hasta Otai San, en donde se apearán, siguiendo viaje en un coche cualquiera. Hay que desorientar a los observadores que tratarán de no perderles de vista.

Después de aquellas palabras, el comandante tomó café con ellos y un poco más tarde les acompañaba hasta la canoa, cuyo motor trepidaba ruidosamente.

—Suerte, muchachos —dijo Shurtleff al estrecharles las manos en franca despedida y agregó, emocionado—: ¡Por la paz del mundo...!

La canoa se alejó de la orilla surcando las aguas de aquel mar hostil cuya engañosa calma ocultaba violentas marejadas.

Tanto Toby como Charles se sentían optimistas. Iban a luchar en las encrucijadas, pero eso ya lo habían experimentado en Chicago contra los «gángsters», aunque aquello, por crudo y peligroso que fuese, era mucho más fácil que lo de ahora.

La canoa les dejó cerca del río Seúl. A pie recorrieron las quinientas yardas que les separaban de la estación del ferrocarril. En la sala de espera se sentaron una vez que hubieron sacado sus billetes. Intentaron pasar inadvertidos sin lograrlo. Varios pares de ojos les asaetearon. Parecían llenos de una curiosidad enfermiza.

Un coche se detuvo al otro lado de la puerta, frente a la estación, y al franquearse la entrada penetró una corriente de aire frío que hizo estremecer a todos, pero también entró algo más. Charles estuvo a punto de dar un salto. Una dama, envuelta en una lujosa capa de pieles, avanzaba majestuosamente seguida por un tipo pequeño cargado de paquetes. Aquella dama de ojos oblicuos pertenecía a la raza amarilla sin ningún género de duda y el agente especial del

F. B. I.

vio que se trataba de una mujer hermosa. El hombre que la acompañaba dejó en el suelo los paquetes, y acercándose a la ventanilla solicitó un pasaje de primera clase.

En aquel momento la puerta de calle volvió a abrirse y penetró un individuo cubierto por un largo chaquetón de pieles. A juzgar por sus rasgos fisonómicos parecía manchuriano. Caminaba con pasos vacilantes, por lo que debía venir un poco ebrio. Empujó a uno, y al ver a la dama se acercó a ella y sacándose su gorro de piel se inclinó ceremoniosamente, diciendo algo que no llegó a entenderse. La dama le volvió la espalda y entonces el hombre la agarró brutalmente por un brazo haciéndola girar rápidamente.

—¡Suelta, bruto! —dijo ella en chino.

El hombre lanzó una ruidosa carcajada. Charles se incorporó y Toby le dijo al oído:

—No te metas; que se arreglen como puedan.

El manchuriano replicó:

—Cuando Ly Shan quiere algo siempre lo consigue.

Charles apartó a su compañero y se acercó a la dama. El hombre aquel era de gran estatura y los bigotes caídos le daban un aspecto de fiereza. El agente del

F. B. I.

no se fijó en que aquel individuo podía muy bien pesar veinte kilogramos más que él, porque nunca reparaba en tales detalles; si había que pelear, se peleaba y no era costumbre entrar en pormenores. El asiático le contempló extrañado. Le parecía mentira que nadie pudiera interponerse entre él y sus caprichos.

—¿Qué quieres tú aquí? —preguntó con voz ronca.

—Que dejes en paz a esta señora.

El manchuriano abandonó el brazo de la dama, que había estado tratando de soltarse, y levantando el puño trató de estrellarlo en el rostro de Charles; pero se encontró chasqueado y sorprendido dolorosamente, toda vez que su puño dio en el vacío, mientras que recibía en plena mandíbula un formidable directo que le hizo estremecer. Hubo como un movimiento de marea en la sala de espera de aquella modesta estación de ferrocarril. Los cuellos se alargaron, se movieron las piernas y hasta se escucharon voces de asombro, porque acababa de suceder algo increíble. El gigante estaba tendido a todo lo largo y resoplaba fatigosamente como una morsa al salir del agua.

—Gracias, extranjero —dijo ella—; no olvidaré lo que has hecho por mí esta noche.

Iba Charles a responder, pero no tuvo tiempo. El convoy penetraba en la estación y todos salían atropelladamente, todos menos el del Manchuko, que, con mirada extraviada, parecía querer darse cuenta de lo sucedido.

Toby arrastró a su compañero tras de él y subieron a uno de los coches. Poco después, ya el tren en marcha, el revisor se acercó a Charles y le entregó una cartulina. Estaba escrita en coreano, y decía:

«Crisantemo», Che Fun.

—No has debido intervenir —decía Toby, que era la prudencia personificada—; no tenemos necesidad de destacarnos en estas tierras extrañas. Ahora ese individuo no nos perderá pisada. Lo he

visto subir al coche de atrás y estoy seguro de que nos acecha.

—¿Has perdido tu pistola o dejaste el valor en la base naval?

—No me hables así, Charles, o terminarás por enojarme.

—No lo deseo; ¿qué te parece si tomásemos un *brandy*?

—Hombre, eso no se desprecia. Además, que la noche es de abrigo.

Salieron del coche, cruzaron la plataforma y penetraron en el vagón restaurante. Unos ojos malignos, ojos traicioneros, les miraron al pasar. El hombre del Manchuko estaba con otro, al que dijo:

—¡Ése es...!

—No se me borrará de la memoria, Ly Shan.

Charles y Toby, parados junto al mostrador del ambigú, bebieron una especie de coñac importado que era bastante inferior, pero calentaba por dentro y las noches eran frías.

De pronto se apagó la luz, oyóse un grito de espanto y los cristales de una ventanilla saltaron en pedazos. Charles encendió una linterna eléctrica que llevaba, y apenas lo había hecho, cuando se oyó una detonación y la bala hizo trizas un vaso que estaba sobre el mostrador. Toby apenas había tenido tiempo de ver una sombra que corría por el pasillo.

—Allí va —dijo, señalándola.

Charles no se detuvo en averiguaciones. Su pistola apareció en su mano, y ya iba a disparar cuando algo pesado le dio en el brazo. El tiro salió, pero la bala clavóse en el suelo...

Ya el del ambigú había conseguido unir los fusibles y volvió la luz. Uno de los pasajeros había desaparecido. En el asiento había quedado su sombrero y un guante.

Toby señaló la ventanilla, diciendo:

—Lo que falta ha ido por allí.

Charles terminó su coñac y pidió otro. Era malo, pero no había nada mejor.

—¿Siempre suceden estas cosas? —preguntó el agente especial.

—Esto no es nada —respondió el del ambigú—; días pasados, los bandidos de la montaña pararon el tren y se llevaron a cinco pasajeros; después supe que por cada uno de ellos habían exigido mil yenes de plata. Dos pagaron y volvieron. Los otros es probable que no vuelvan más.

—¡Qué delicia de país! —murmuró Toby.

Charles, seguido de su amigo, recorrió el tren de punta a punta, deseoso de volver a ver a la dama china que tanto le había impresionado, pero no pudo conseguirlo. Tampoco vio al manchuriano. El tren había estado parado unos minutos en un apeadero...

Al llegar a Otai San descendieron del tren y buscaron un carruaje. Al no encontrar ninguno decidieron seguir a pie hasta Seúl. La noche estaba fresca y un paseo no les vendría mal, pero cuando se trata de recorrer tres millas por una carretera infame, el paseo se convierte en pesadilla.

Llevarían recorrida la mitad de la distancia cuando sonó un tiro a sus espaldas. Ambos se arrojaron a la cuneta con las armas dispuestas para entrar en acción. La luz era escasa, pues sólo brillaban algunas estrellas y nada pudieron ver por mucho que miraron. Cansados de estar en tan incómoda posición, se incorporaron y, después de registrar los alrededores sin encontrar nada, continuaron la marcha.

—¿Qué opinas de esto, Toby?

—Creo, querido amigo, que la muerte viaja de noche. Precioso país...

—Ya lo dijo el comandante, que era cuestión de jugarse la vida.

—Sí; pero al menos que nos dejen estudiar su juego.

Seúl tiene ocho grandes puertas, cada una de las cuales da paso a una amplia avenida. Los dos amigos llegaron a la plaza Chongkak, y desde allí se encaminaron al Consulado. Era muy tarde y el portero se negó a franquearles la entrada, por lo que tuvieron que ir al hotel Yumata el mejor de la ciudad. Al día siguiente fueron recibidos por el cónsul general, quien les puso al corriente de las instrucciones recibidas.

—Se trata —les dijo— de localizar a un círculo de malhechores que se empeñan en perjudicarnos porque de un tiempo a esta parte suceden cosas muy raras. Una valija postal del cuerpo diplomático ha desaparecido y fueron vanos todos los intentos para dar con ella. Se han perdido planos y documentos de gran importancia. Hay varios complicados, pero dudo de que se consiga sacarles nada en limpio. Dos cartógrafos, como ustedes saben, han desaparecido. La última vez que los vieron estaban en las inmediaciones del Templo

de Confucio. Ayer, sin ir más lejos, un empleado de la Cancillería francesa fue encontrado herido gravemente. Una vasta red de espionaje se ha tendido sobre la ciudad. Las autoridades coreanas nos autorizan a defendernos, pero eso no es bastante, porque hemos de hacer mucho más. Nuestra misión es atacar antes que nos ataquen, más para eso hemos de saber dónde está el enemigo.

Un empleado trajo té y pastas. Se sirvieron. Poco después fumaban, comentando los sucesos que acababan de tratar. El cónsul era un hombre de experiencia y había representado a su país en Tokio. Se llamaba Nelson Richardson y tenía cincuenta y cinco años. Estaba casado con una australiana. Fruto de aquel matrimonio había nacido Ruth, una rubia de diecinueve años, bastante agraciada.

—Según informes que poseo, y que buen dinero me han costado —continuó diciendo Richardson—, existe una sociedad secreta, titulada «Los Esclavos de la Libertad», que se dedica a luchar contra todo aquel que no piense como ellos; son sectarios de Confucio, cuyas doctrinas siguen, y de vez en cuando alquilan su brazo para cometer toda clase de felonías. Sería interesante saber quién dirige esa organización. También tengo entendido que cerca de Kwang-Ling, en la cordillera del Oeste, hay una ciudad amurallada defendida por mercenarios mogoles. Se cuenta que una mujer manda en la ciudad prohibida. Tal vez todo sea pura fábula, pero convendría cerciorarse. Nuestro país está muy interesado en poner en claro el misterio que encierran todas estas anomalías que sólo tienden a perjudicarnos, porque se ha comprobado que casi todos los golpes van dirigidos a nosotros. Otra cosa: no conviene que los vean juntos; es preferible que procuren establecer un lugar de cita para entrevistarse, y si trabajan por separado, seguramente les irá mejor. Registren sus nombres en el hotel figurando como súbditos de otro país: australiano e inglés, por ejemplo; esto borraré muchas sospechas.

—Según me han dicho —intervino Charles—, uno de los cartógrafos pertenecía al grupo de inventores de Filadelfia.

—En efecto, Jack McGuire había descubierto últimamente las minas magnéticas. Las pruebas realizadas resultaron bien y el Ministerio de Defensa pensaba llamarle para trabajar en su invento, por eso su desaparición ha levantado tanto revuelo. Es de creer que

ese hombre esté oculto en algún lado.

En aquel momento apareció Ruth, la hija del cónsul. Era una preciosa muchacha de grandes ojos azules y cabellera rubia. Tenía personalidad y se veía desde el primer momento que era una mujer de mundo.

—¡Oh, perdona papá! No sabía que tuvieras visitas.

—Espera, hija, no te vayas. Son dos compatriotas que vienen al Asia Oriental enviados por nuestro Gobierno. Caballeros: mi hija Ruth; pequeña: te presento a míster Charles Duncan y a míster Toby Lothor.

Ella estrechó las manos extendidas y la conversación siguió por otros derroteros. Al marcharse, los dos amigos salieron por la puerta falsa del jardín. En la esquina había un «Overland» parado. El chófer paseaba por la acera sin perder de vista la casa del cónsul. No vio salir a Charles y a su compañero, y éstos se perdieron por una sórdida calleja de casuchas destartaladas.

Un hombre, que parecía ser un mozo de cuerda, a juzgar por los adminículos que llevaba, les siguió durante un buen trecho. Charles se dio cuenta de que eran seguidos y habló con Toby, al que dijo:

—Quédate atrás y vigila. Interviene si lo crees necesario.

Toby tanteó el bolsillo posterior, donde llevaba la «Luger», y haciéndose el distraído se puso a silbar un fox de moda.

Atravesaban el puente Nuevo sobre el Seúl. La barriada obrera quedaba a la derecha. Filas de rododendros se alineaban a los lados de la avenida y algunas azaleas mostraban la gama de su colorido. Al Norte se veía la mole altiva de Paik-Tu-San (montaña blanca).

Toby se había parado y estaba arrimado a la barandilla del puente, disimulando su presencia a la sombra de un castaño. De pronto el hombre se adelantó intentando alcanzar a Charles. En su mano derecha empuñaba un cuchillo. Un silbido de Toby fue el aviso de alarma. Volvióse con presteza Charles al tiempo que el desconocido levantaba el brazo armado. Todo fue rapidísimo y sucedió en pocos segundos.

El falso mozo de cuerda, sorprendido en su acto de agresión, fue desarmado. Charles le cogió por la cintura y, volteándole por encima del pretil, lo arrojó al agua. Como un bólido cruzó el aire aquel hombre para ir a hundirse en las ondas del río Seúl. Se le vio cruzar nadando hacia la otra orilla y desaparecer entre los

matorrales espesos que ponían un muro de verdura al pie del peñascal.

—¡Qué delicia de país! —exclamó Toby—. Da gusto. Se estaba mejor en la Quinta Avenida.

—Es emocionante.

—Sí; desde luego, y no hemos hecho más que empezar.

Pasaba un coche y lo detuvieron. El chófer parecía japonés, pero les preguntó en inglés adónde deseaban ir.

—Al hotel Yumata.

Ninguno de los dos se dio cuenta que aquel coche era el «Overland» que vieran parado frente al Consulado.

Poco después el auto cruzaba por la carretera que conducía a Otaí San.

—¡Eh! —advirtió Charles—. ¿Se puede saber adónde va por aquí?

El chófer no respondió, en vista de lo cual el agente secreto rompió el cristal de un puñetazo, y cogiendo al conductor por los hombros lo sacó del asiento dejándolo caer a sus pies. El coche, sin dirección, torció hacia la izquierda y fue a volcar aparatosamente en la cuneta. Sus ocupantes tuvieron suerte al resultar ilesos.

Por el ribazo subía el falso mozo de cuerda, chorreando agua por todos los poros de su cuerpo y con un gesto de cólera que desfiguraba sus facciones. El japonés trataba de salir del coche, pero la puerta estaba empotrada en el suelo, Toby le ayudó a salir.

Charles, con la pistola en la mano, esperaba la llegada del desconocido dispuesto a disparar. De pronto el japonés se arrojó sobre Toby, pero éste, que estaba preparado, le golpeó en la cabeza fuertemente con el cañón de la pistola. Como si aquello fuese una señal convenida de antemano, de unos matorrales cercanos surgieron dos hombres embutidos en largas blusas y cubiertos con sombreros cónicos. Aquellos dos individuos anunciaron su presencia disparando sus armas. Charles hizo fuego a su vez y uno de los individuos dio una voltereta.

Toby, viendo que el japonés se movía, le golpeó el cráneo con la bota. Charles salió de su escondite y empezó a disparar. El pseudo mozo de cuerda dio media vuelta y escapó, perdiéndose bien pronto entre la tupida vegetación que crecía en aquel paraje. El otro individuo también se retiró cojeando y sin preocuparse del

compañero que quedaba tendido entre los cardales. Intentaron perseguirle, pero no lograron verle. Al regresar junto al coche se encontraron con que el japonés había desaparecido, abandonando el «Overland».

Charles registró el cadáver del coreano. No llevaba encima nada que sirviera para identificarle, por lo que decidieron marcharse cuanto antes. En aquel instante un motorista del tráfico apareció cruzando el puente, y los dos amigos se apresuraron a desaparecer. No les convenía ser interrogados por la Policía.

Desde cierta distancia se volvieron, alcanzando a ver al japonés que hablaba con el motorista. Con el brazo extendido parecía indicarle la dirección seguida por ellos.

Charles, seguido por Toby, descendió hasta el río, en donde subieron a una canoa que les llevó hasta el Arco del Dragón. Subieron la escalerilla de piedra y se hallaron en la calle Chao Sieu, que significa serenidad de la mañana (Chao Sieu era el antiguo nombre de Corea).

—¡Delicioso país! —murmuró Toby, secándose un sudor imaginario.

—No puedes quejarte, toda vez que no te dejan tiempo de aburrirte.

Aquella tarde, un camión les trajo los equipajes que habían dejado en la base naval. Desde aquel momento iban a verse envueltos en peligrosas encrucijadas. El servicio secreto enemigo les había identificado y les seguía los pasos, pero la astucia, audacia e inteligencia del agente del

F. B. I.

vencerían todas las dificultades, desbaratando los planes mejor trazados.

Seúl, la vieja ciudad empolvada por los siglos, la urbe desastrosa de las casas agrietadas por el viento manchuriano, mostraba en sus sórdidas callejas todo el desencanto de la desilusión. Allí se codeaban el preñero chino con el comerciante nipón en un afán constante de superarse.

Seúl mostraba a los extranjeros las ocho puertas que eran como una invitación a cruzar los umbrales de su altivez hecha ruinas, porque todo lo grande de la ciudad, lo perenne, lo estable, era simple humareda en la noche de los tiempos.

Y, sin embargo, entre tanta miseria sórdida y maltrecha también flotaba el lujo y la riqueza. Los clubs nocturnos, de abigarrada clientela, derramaban la luz plateada de sus lámparas sobre la caravana interminable de los trasnochadores de todas las razas...

III

EL BAILE DE LA EMBAJADA



El jardín de la Embajada inglesa era un estallido de música, risas y canciones. La armonía de los violines era la nota melodiosa que llenaba de optimismo a todos los corazones.

Entre aquella brillante pléyade mundana, se codeaban los burguesitos coreanos con la crema de las Embajadas.

Era una reunión en la que se hablaba de todo: de negocios, de ideales y de conspiraciones. Todos desconfiaban de todos y, sin embargo, cada cual trataba de ser el primer intrigante.

En un apartado rincón y al amparo de unas magnolias, tres hombres departían animadamente.

—No tardará en venir —decía uno de ellos— y yo os lo indicaré; no tenéis que dejarle escapar.

Los dos individuos que le escuchaban pertenecían a esa clase de hombres fácilmente sobornables; eran dos tipos que no desmentían su procedencia: asiáticos.

—Y ¿qué haremos? —preguntó uno de ellos.

—Le seguireis a dónde vaya, procurando no ser vistos, porque si tal cosa ocurriese, no doy medio yen por vuestra cabeza.

—Descuidad, excelencia; no se nos escapará.

—Aquí tenéis la cuenta.

Al decir esto puso en sus manos un fajo de rublos. Eran billetes completamente nuevos, recién salidos de la fábrica de la moneda.

Los dos perillanes se pusieron en pie y, haciendo numerosas reverencias, fueron retrocediendo hasta tropezar con un caballero que entraba en el jardín. Uno de aquellos sujetos se dio vuelta y vio cómo su protector le hacía unas señas que no pudo entender.

—Será mejor que vayamos a ver lo que quiere.

Los dos perillanes se acercaron a su generoso protector, tratando de indagar lo que quería.

—Mirad —dijo, señalando a Charles—: ése es el hombre que habéis de seguir, sin perderle de vista; es probable que se vaya en un coche; en ese caso, trataréis de seguirle en un «taxi». Mañana os espero; ya sabéis dónde encontrarme.

Los dos ganapanes se alejaron, haciendo una reverencia.

El misterioso caballero se alejó en sentido contrario y poco después cambiaba de ropa en una de las habitaciones de la planta baja.

Iba a salir, cuando fue sorprendido por el jardinero Luke, quien, cruzándose al paso, le dijo:

—No vayas tan aprisa, Richard, porque es necesario que hablemos.

—¿Qué quieres?

—Tú, como secretario de Embajada, siempre disfrutaste de grandes ventajas, mientras que yo me roía los codos de necesidad, pero no te has conformado con el dinero de Londres y has querido buscarlo más lejos...

—¡Cómo! ¿Tú sabes?

—Hace tiempo que te vengo vigilando; este humilde jardinero

también tiene sus pretensiones y aspira a un porvenir más llevadero.

En el rostro taimado de Luke dibujóse una sonrisa que era todo un poema y, con voz burlona, preguntó:

—¿No te parece, Harrison?

—Es justo. ¿Cuánto quieres por sellar tus labios?

Luke frotóse las manos y, mirando al techo, respondió:

—La cosa es seria. Tú te has vendido al enemigo, y si te descubren, irás a la horca. Sabes dónde se encuentran los cartógrafos desaparecidos misteriosamente; todo eso vale dinero. ¿Qué te parecen dos mil libras?

—Un disparate; ni yo tengo ese dinero ni te lo daría aunque lo tuviera.

Luke se encogió de hombros, diciendo:

—En ese caso, su excelencia lo sabrá mañana.

—Pero no serás tú quien se lo digas.

Apenas pronunciadas estas palabras, Harrison desnudó un puñal, cayendo sobre el sorprendido Luke, que no tuvo tiempo de defenderse.

Herido en el pecho, se derrumbó, lanzando un gemido.

El secretario apagó la luz, y recogiendo el cuerpo del jardinero, lo tiró entre unos macizos.

Seguro de su impunidad, alejóse, perdiéndose entre las sombras nocturnas.

Mientras tanto, la fiesta continuaba en todo su apogeo y nadie podía imaginar el drama desarrollado tan cerca.

Charles acercóse a Ruth, deseoso de entablar conversación con ella.

La hija del embajador americano era una preciosa rubia de ojos azules que aún no había cumplido los veinte años. Su cabello estaba adornado por una valiosa diadema, que había pertenecido a la hija del mandarín

Tan-Psao.

—¡Hola, capitán! —saludó Ruth, extendiendo su mano, que Charles estrechó con efusión; pero él se extrañó de sentirse llamar capitán, toda vez que no pertenecía al Ejército, y supuso, con acertado fundamento, que el cónsul lo había disfrazado con aquel cargo militar.

—Buenas noches, señorita. ¿Qué le parece si bailásemos este «fox»?

—Para bailar tenemos tiempo, y preferiría que charlásemos.

—Usted manda —dijo él, ceremonioso, sentándose a su lado.

Estaban alejados de la pista de baile y hasta ellos llegaba el perfume de unos cerezos en flor y el penetrante aroma de unas glicinas.

Era una noche enervante, caliginosa y poblada de rumores.

Hasta el patio de la Embajada llegaban los ruidos de la calle y el ronquido de algún «claxon».

El cielo era ceniciento y parecía copiar como un espejo las imágenes dormidas del desierto, porque los negros nubarrones tomaban las más raras formas.

La música, suave, llena de dulces arpegios, llenaba los ámbitos y parecía flotar en el aire.

En aquella reunión elegante se conspiraba abiertamente, sin preámbulos ni subterfugios; la bandera inglesa, gloriosa enseña de pasadas epopeyas, protegía a falsos patriotas, ciegos por torpes ambiciones.

Seúl, la metrópoli de los mercaderes, recogía en su seno a toda la resaca vestida de seda.

Ruth preguntó, de pronto:

—Y usted, ¿de dónde viene?

—De América.

—América es muy grande.

—Más lo es su curiosidad.

Ruth se levantó, airada; sus ojos azules brillaron con extraños fuegos. Sus palabras cortaban como una navaja cuando dijo:

—Su respuesta me ha parecido impertinente.

—Perdone; hay preguntas que no tienen respuesta, y si usted me lo permite me retiro.

—Al contrario —dijo ella, cogiéndole por el brazo—; ahora vamos a bailar el «fox» que me ha pedido.

Unos ojos les contemplaban desde la orquesta; pertenecían a un hombre de buen tipo, cuya arrogancia contrastaba con los coreanos que estaban a su lado.

Uno de éstos se le acercó, sonriente y obsequioso, y con su gesto almibarado, preguntó:

—¿Desea algo, «mesié»?

—Sí; quiero saber quién es el hombre que está con la hija del embajador americano.

Y al decir esto, le entregó una moneda de oro.

—Seréis servido, «alteza».

Alejóse el coreano, no tardando mucho en regresar cargado de noticias: según sus informes, aquel hombre se llamaba Charles Duncan y había llegado de Otai San; parecía americano y gozaba de todas las simpatías de la hija del embajador americano.

Mientras tanto, Ruth, terminado el baile, había vuelto a sentarse, siempre acompañada de Charles.

—Por aquí —dijo el agente del F. B. I—. todo parece estar tranquilo.

—Las apariencias engañan; los «Esclavos de la Libertad» han levantado un estado de indecisión y alarma entre los ciudadanos pacíficos; según parece, se han formado dos bandos, que están dispuestos a luchar por una causa que puede salvar a Corea o reducirla a escombros.

—¿Usted teme que estalle la guerra civil?

—Es lo más probable. Se habla mucho de una ciudad misteriosa, a la que llaman «la ciudad prohibida», y que dicen se encuentra al pie de la cordillera de Kwang-Ling.

—Está usted provocando mi curiosidad.

—No se le ocurra intentar franquear las murallas de la ciudad prohibida, porque perecería en el intento.

—De todas formas, vale la pena arriesgarse en la aventura.

Callaron. El rumor incesante de aquel mare mágnum llegaba hasta ellos y los envolvía; allí estaban representados los férreos tipos de la estepa; hombres de Manchuko y de la China del Norte, ricos industriales del río Yalú y hasta humildes comerciantes de Fusán.

De pronto, Charles preguntó, señalando a un atildado caballero que no cesaba de mirarlos:

—¿Quién es ese señor?

—Tito Rizard, agregado a la Legación de Cuba y un consecuente admirador mío.

—Y usted, ¿le ama?

—Aún no lo he pensado.

Ambos rieron con esa risa sana, alegre y espontánea que brota en los momentos difíciles. Empezaban a identificarse y había entre ellos como una corriente de simpatía.

En aquel instante, el tambor de la orquesta redobló con fuerza. Era el anuncio del final del baile; iban a tocar la última pieza.

Poco después, llegado el momento de las despedidas, todo eran doblar de espaldas y sonrisas hipócritas.

Una vez más, el Asia gigante y tranquila, mostraba el carácter solapado y enigmático de sus hijos; una vez más, Europa y América se veían obligadas a estudiar un nuevo tratado de diplomacia.

Charles se encaminó a la salida, tratando de hallar un coche; se extrañó de no verlo, pues esperaba que le estuviera aguardando.

Interrumpió su impaciencia Tito Rizard, que obsequioso y deferente, le dijo:

—Si quiere, puedo llevarlo en mi coche; yo también me alojo en el Hotel Yumata.

—Muchas gracias por su amabilidad; soy Charles Duncan, del «Chicago Tribune».

—Lo sabía; yo soy...

—Tito Rizard, agregado a la Legación de Cuba —interrumpió Charles.

Subieron al coche y entre ambos se estableció una corriente de mutua antipatía. A medida que se conocían, el odio los iba separando, y es que entre ellos se había colocado una mujer, y además, una mujer hermosa y cautivadora.

—Quería hablarle —dijo Tito— para hacerle saber algunas cosas. En realidad, Ruth y yo casi somos ya novios; yo la quiero y estoy dispuesto a impedir que hable con otro hombre.

Charles se volvió en el asiento y miróle fijamente; muchas preguntas bailaban en sus labios, pero sólo hizo una:

—¿Le ha autorizado ella para hablar así?

—No; pero soy yo quien toma las decisiones.

—No me parece ésta la mejor ocasión para tratar del asunto.

El otro no tuvo tiempo de responder: detrás de un bambú salieron varios fogonazos disparados con ametralladoras y el parabrisas saltó en pedazos, mientras el chófer se doblaba, herido en el cuello, y el coche iba a detenerse en el ribazo.

Tito Rizard no era cobarde, pero estaba desarmado; intentó abrir

la portezuela, y entonces le dijo Charles:

—¿Es que quiere usted suicidarse?

Lo apartó a un lado, ocupando él su puesto. En su mano derecha esgrimía la pistola, aquella pistola que tan famosa se había hecho en Chicago.

Oyóse un grito de muerte. El chófer seguía doblado en el «baquet», con la mirada perdida en el más allá; el pobre hombre estaba muerto, y Charles, al verle pálido y rígido, sintió una enorme compasión por aquel pobre diablo, que había sacrificado su vida por unas monedas que no llegó a cobrar.

La ametralladora de los atacantes seguía funcionando; estallaron los neumáticos, y el coche, un hermoso «Fiat», quedó convertido en un colador, pero allí estaba un hombre de pelo en pecho, un varón, dispuesto a demostrar su valía.

Abrió la portezuela del otro lado y deslizóse como una sombra furtiva. Su compañero de ocasión había quedado arrinconado en el coche, sin saber qué partido tomar.

Charles se arrastró por la cuneta, tratando de acercarse al hombre que manejaba la ametralladora; le vio bajo el reflejo lunar: era un chino, que vestía cazadora de uniforme. ¿Qué significaba aquello? ¿Contra quién iba dirigido el ataque? No había tiempo de contestar a tantas preguntas.

Junto al amarillo, tan cerca que casi lo pisaba, podía verse el cadáver de un hombre.

Era muy tarde; el reloj de Hao Sen dio tres campanadas. La calle; poco habitada, estaba desierta.

En aquel momento, el chino se volvió, y al ver a Charles, intentó cambiar la dirección de la ametralladora, pero el agente del

F. B. I.,

no le dio tiempo y disparó su pistola contra él.

La muerte del chino agresor fue muy aparatosa. Abrió los brazos, dejó caer el arma y se alejó unos pasos, para ir a hundirse de cabeza entre unos matorrales.

Tito, ya confiado, salió del coche y, acercándose al hombre que había muerto del primer disparó, exclamó:

—Por lo menos, veamos quién es este «pájaro».

Le dio vuelta y empezó a registrarle. Encontró un cuadrito de cartón, guarnecido por tapas de cristal.

—Número diecisiete; según parece —dijo Tito—, se trata de un asociado de esa famosa colección de criminales que se llaman a sí mismos «Esclavos de la Libertad».

—La cosa carece de importancia —repuso Charles.

—Claro; usted no ha perdido su coche.

—Peor hubiera sido que perdiese la vida, como le ha pasado al pobre chófer; pero lo que yo quisiera saber es por qué nos han atacado; a mí ni siquiera me conocían.

—En eso se equivoca; «Los Esclavos de la Libertad» conocen a todo el mundo, y si le han atacado es porque tenían un interés especial para ello.

En aquel momento rasgó el aire una sirena de la Policía de carreteras. Se acercaban dos focos; eran en la noche como dos ojos de un gigante mitológico.

En aquella época —hablamos de antes de la segunda guerra—, la Policía de Tráfico que vigilaba los alrededores de Seúl era internacional.

Charles decidió alejarse para no dar explicaciones poco concretas y, seguido de Tito, salieron del camino real y se perdieron en el bosque.

La Policía levantó los cadáveres, ordenó la recogida del coche, con cuya matrícula pensaba dar con el paradero de uno de los autores de aquellas muertes; pero se equivocaba, porque el coche estaba registrado a nombre del vicecónsul Soubiran, y éste hacía tiempo que se encontraba en la Habana.

Aquella misma noche, Tito tuvo una entrevista con Charles en la habitación de éste.

El cubano no se anduvo por las ramas y fue derecho al asunto:

—Esta noche se ha portado usted como un hombre y le estoy muy agradecido, porque, en realidad, me ha salvado la vida; a veces, dos hombres se encuentran para ser amigos, pero el Destino, la casualidad, o como quiera llamarse, hacen que algo les separe.

Se detuvo, encendió un cigarrillo y, dando unos pasos, se volvió, de pronto, diciendo:

—A nosotros también hay algo que nos separa.

Charles sabía ser elocuente con el silencio. Se acercó a un mueble de fabricación china y sacó dos botellas y dos vasos, que puso sobre la mesita.

—Coñac y «*whisky*» —dijo Charles, señalando las botellas.

—Como descendiente de español, prefiero el coñac.

Levantó la copa y, con una sonrisa llena de torcidos interrogantes, repuso:

—Brindo por el motivo que nos separa.

Flameaban las cortinas, empujadas por la brisa del amanecer, y por la abierta ventana penetraba el suave aroma de los heliotropos; como una nota pletórica de armonía, llenaba el espacio el eco de una canción cantada no muy lejos.

De pronto oyóse un disparo y la copa que Tito se llevaba a los labios saltó en pedazos.

El habanero retrocedió, pálido como un muerto, mientras Charles, espíritu de coraje, se adelantaba, decidido, hasta la ventana y, desenfundando la pistola, disparaba contra una sombra que cruzaba el jardín; oyóse un grito de dolor, pero la furtiva silueta desapareció.

Charles, volviéndose a su acompañante, le dijo:

—En lo sucesivo, procure traer un arma.

—La dejé en la Legación.

—Esta vez venían por usted, sin ningún género de dudas.

—Es posible, aunque no comprendo el motivo.

—En Corea sobran motivos para todo, pero será mejor que nos vayamos a dormir.

—Un momento; aún no he aclarado las causas que posiblemente me obliguen a considerarle como enemigo.

Tito sirvióse una nueva copa de coñac y, antes de llevársela a los labios, dirigió una mirada llena de desconfianza hacia la ventana, lo que provocó en Charles una irónica sonrisa.

—Le escucho —dijo éste, acentuando su risa.

No creía, desde luego, que el cubano tuviera nada importante que decirle; sin embargo, se dispuso a escuchar con la mayor atención.

—Hace tiempo —empezó diciendo Tito— que yo amo a Ruth y hasta creo que ella me corresponde; usted ha venido a interponerse entre los dos, y yo estoy dispuesto a impedirlo en todos los terrenos.

Charles torció el gesto; no le gustaban los desplantes de aquel hombre, que usaba con frecuencia de su fanfarronería.

—Señor Rizard: los individuos de su raza son demasiado

impulsivos y, a veces, se dejan llevar de impulsos que les conducen a cometer graves errores; nosotros, por el contrario, somos más fríos, más calmosos y dominamos la situación más fácilmente; por esto le aconsejo que no se aparte de su camino, porque se expone a extraviarse.

—Esos razonamientos, ni me convencen ni me interesan; lo que yo quiero saber es la decisión que haya tomado.

—Conocí a la familia Richardson en Chicago y basta que sean americanos como yo para que les aprecie.

—¿Ésta es su última palabra?

—No, caballero; la última palabra la dirá Ruth.



¿CONOCE USTED

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

IV

«LOS ESCLAVOS DE LA LIBERTAD»



OBY, el piloto del «F 5», no había ido al baile de la Embajada porque tuvo que desempeñar una misión más importante.

A última hora, por la emisora del hotel, recibieron un cable, que decía:

«Washington,
67 B.

H. Procuren localizar a un individuo llamado Ly Shan, que pertenece a “Los Esclavos de la Libertad”. Podrán encontrarlo en la casa del anticuario Lo Chang, el cual

tiene una preciosa hija, llamada My San. Por avión enviamos más detalles. —Dow Chester, inspector».

Y a eso había ido ti bueno de Toby; eran las doce del mediodía y no regresaba.

Charles creyó que debía intervenir; no habían demoras después de tan largo plazo. Su amigo siempre había sido demasiado confiado y con frecuencia solía encontrar la horma de su zapato; por tanto, se colocó frente al espejo, realizando una caracterización soberbia, que el mismo Zocoone hubiese envidiado.

Se puso una peluca gris, trazó unas cuantas rayas en su rostro, que le daban apariencia de un hombre cincuentón; hasta en el cuello y las manos realizó operaciones muy acertadas.

Vistióse una hopalanda color ratón y unos pantalones demasiado largos y muy arrugados, que apenas dejaban ver los zapatos, deslustrados y rotos. Un viejo sombrero y una bufanda completaban el atavío, y muy orondo se echó a la calle, marcando el paso con un bastón de caña de Indias.

No le fue difícil dar con la casa del anticuario. Estaba en los arrabales, rodeada de un muro; en la puerta campeaba, como muestra del establecimiento, un escudo de épocas remotas.

Charles tiró de una cadena y se oyó un sonoro y violento campanilleo, seguido por los ladridos de un perro.

Salió un viejecillo de floreada túnica, el cual al ver el aspecto de Charles, se inclinó en muda reverencia.

Sabía muy bien que los tipos estrafalarios eran con frecuencia los mejores clientes, y le abrió la puerta, volviendo a inclinarse a su paso.

—¿El honorable Lo Chang? —preguntó Charles, con una sonrisa perfecta.

—En su despacho, respetable señor. ¿Queréis tener la amabilidad de acompañar a vuestro humilde siervo?

Atravesaron un jardín, salpicado de myosotis y crisantemos. Bajo la sombra protectora del cerezo había vistosas filigranas: unas bellas mariposas de brillantes colores. De la boca de un fauno salía un chorro de agua, que, al deshacerse en el espacio, tomaba los colores del sol del Yalú; un sol cansado y triste, sin fuerza, descolorido, cuyos rayos apenas llegaban a la tierra.

Charles se asombró del lujo que reinaba por todas partes.

Aquella mansión era digna de un descendiente de los Ming (antigua dinastía china, que gozó de gran esplendor).

Muebles de ámbar y nácar adornaban el vestíbulo, iluminado por faroles con cristales de colores; alfombras de Persia cubrían el suelo y las paredes estaban llenas de panoplias, con diversas armas, algunas muy raras.

También abundaban los tapices, que reflejaban, con asombrosa exactitud, la historia primitiva de Corea, cuando ésta se llamaba Chao Sceu.

Charles llegó a la puerta del despacho de Lo Chang, y su acompañante le preguntó, con melosa entonación:

—¿A quién anuncio, excelencia?

—Muley Sanders, mercader de Mukden.

—Bienvenido, honorable señor. ¿En qué puedo servirlo?

Charles dirigió una mirada a su alrededor y, a través de unas cortinas de muselina, vio a su amigo Toby hablando muy entusiasmado con la encantadora My San; disimulando lo mejor que pudo, repuso:

—Busco un jarrón que perteneció a la dinastía de los Fu Len; se trata de un objeto de escaso valor relativamente.

—Os equivocáis, noble viajero; ese jarrón está en mi poder, pero su precio es demasiado elevado y por eso no se ha vendido.

—¿En cuánto lo tasáis?

—En cincuenta mil yenes.

—Os daré un cheque contra el Banco Marítimo de Hong-Kong.

—Lo siento mucho, honorable caballero; pero no admito cheques.

—Ya comprenderéis que no voy a llevar esa cantidad encima.

—En Seúl hay muchas casas de Banca; me conformaré con la garantía de una de ellas.

—Soy extranjero y acabo de llegar; por tanto, no tengo relaciones comerciales en la ciudad.

Todos los deseos de Charles eran llamar la atención de Toby, pero éste se hallaba tan entretenido con su nuevo «flirt», que no reparó en las señas que disimuladamente su amigo le hacía, hasta que Charles se levantó y, con el pretexto de examinar una panoplia golpeó el piso con el pie tres veces seguidas; en aquel momento,

Toby levantó la cabeza y entonces se dio cuenta de que aquel hombre tan raramente disfrazado era su amigo.

Charles pidió ver el jarrón; no tenía intenciones de comprarlo, porque tampoco había venido a eso, pero de alguna forma debía salvar las apariencias.

—Éste es el jarrón —dijo el anticuario, mostrándoselo.

Estaba dentro de una vitrina, y tenía puesto un cartel en chino que decía: «De la dinastía de los Ming».

—Éste no es el jarrón auténtico —habló Charles, muy seguro de sí mismo—. El otro, el verdadero, tiene vetas jaspeadas y su brillo es resplandeciente.

Todo aquello era mentira, porque Charles no entendía una palabra de antigüedades chinas, pero necesitaba salirse por la tangente y eligió aquel camino.

Después de muchas discusiones, como era de esperar, el negocio no se llevó a cabo y Charles despidióse, diciendo:

—Volveré por aquí, y cuando vuelva, traeré garantías sólidas de la Banca local.

Antes de retirarse, pronunció unas palabras, que iban destinadas a Toby:

—Yo, en todas mis acciones, pongo «Bravura, fidelidad e Integridad».

Dicho esto, salió, siendo seguido casi al momento por Toby, después de despedirse este de la encantadora coreana.

Ya en la calle, Charles afeó a Toby su conducta; había abandonado sus deberes en momentos de peligro, cuando a las orillas del río Seúl se estaba fraguando una guerra civil, que podría arrastrar con sus llamaradas a todos los países del Globo, y ellos estaban allí para evitarlo.

Toby se disculpó cómo sabía hacerlo siempre que se veía apurado: la muchacha era tan guapa, el padre tan complaciente y la morada tan poética, que todo ello convidaba al éxtasis.

Todos aquellos razonamientos no convencieron a Charles, que por segunda vez censuró su proceder.

—Recuerda —le dijo— que mientras pisemos tierra coreana, nuestras vidas están en peligro y a cada paso que demos nos jugamos la vida. Si hemos de exponerla, que sea en beneficio de la patria y al servicio de la Humanidad.

Iban caminando por la calle Khanpoor, una arteria que se dirigía al barrio industrial.

De pronto, vieron venir en dirección contraria un coche a toda marcha. Algo le dijo a Charles que se aproximaba un peligro; instintivamente, empujó a su compañero, y acto seguido, él se arrojó también al suelo, al tiempo que de una de las ventanillas del automóvil salía una ráfaga de ametralladora. Charles disparó su pistola, logrando hacer reventar un neumático; el coche frenó bruscamente y, dando una vuelta de campana, se detuvo en la cuneta, pero ya estaban Toby y Charles junto al coche, encañonando a los dos pasajeros con sus pistolas.

—¡Póngase en pie y levanten las manos, pronto, antes que les llene las osamentas de plomo! —dijo Toby, que al lado de Charles se sentía un héroe.

Los dos individuos no parecían chinos, aunque, sin duda, pertenecían a la raza asiática. Charles les empujó hasta colocarles de espaldas contra el muro de la carretera.

—Vais a decirme quién os manda o, de lo contrario, disparo. Estoy decidido a que no me molestéis más. Habla de una vez y no atormentes mi paciencia.

—¿Le pego un tirito, jefe? —preguntó Toby.

—No, espera; hablarán, por la cuenta que les tiene.

Eran dos tipos que, físicamente, estaban en desacuerdo: uno, alto y delgado; el otro, bajo y rechoncho; ambos vestían bien, pero la elegancia de su ropaje no lograba borrar la ordinariez de sus modales.

El más alto, que también parecía el más inteligente, dijo así:

—Yo le vi a usted en el baile de la Embajada inglesa, y éste iba conmigo. Mister Harrison es el secretario del embajador; nos pagó para que le siguiéramos y acabásemos con usted.

—¡Mira qué ricos! —dijo Toby, levantando el puño, amenazador.

—Bien; la noticia es interesante y vale una recompensa. Por esta vez os dejo libres, pero os advierto que yo siempre cumplo mi palabra y si volvemos a encontraros en circunstancias semejantes, no habrá piedad para vosotros.

—Me parece, jefe, que comete un disparate; éstos son dos tipos más falsos que el señor Judas y volverán a traicionarnos en la

primera ocasión.

—Peor para ellos; entonces verán cómo las gasto.

Charles y Toby siguieron su camino, dejando a los dos mercenarios ocupados en dar vuelta al coche.

Al borde mismo del Paik-Tu-San (montaña blanca) se halla la ciudad prohibida, en donde es reina y señora «Crisantemo», la enemiga más formidable de «Los Esclavos de la Libertad».

Todas las sendas que conducen a la amurallada población se hallan vigiladas por hombres armados, perfectamente ocultos en refugios subterráneos.

La ciudad prohibida se llama Che Fun, y ha sido un antiguo monasterio budista, convertido ahora en fortaleza.

Dos fuerzas gigantescas se disputan la supremacía de un territorio, hasta hoy libre de quimeras; dos poderes antagónicos de diverso color político, dos fracciones de un mismo pueblo, de una misma raza, con las mismas costumbres, separados por un odio inextinguible. Este pueblo, siempre laborioso y sumiso, se ha vuelto, de pronto, altanero y rebelde.

Che Fun es la fragua donde se forjan las espadas de la Justicia, y «Crisantemo», el timonel que conduce a puerto seguro los bajeles del pueblo.

Jack McGuire y Jorge Lowe, los dos cartógrafos desaparecidos, se hallan en poder de «Los Esclavos de la Libertad», y «Crisantemo» quiere rescatarlos, porque son un arma poderosa en manos de aquellos sátrapas.

Al final del barrio fabril, donde se amontonan las casuchas de los obreros, se halla un viejo caserón, teñido por el polvo del tiempo.

Allí reside Ly Shan, brazo derecho de la fatídica organización, que recibe las órdenes secretas desde más allá de la frontera.

En aquel momento se halla My Shan, acompañado de un hombre de negra barba, que viste una pelliza azul y se cubre con un gorro de pieles.

En la puerta, hombres de torva y sombría catadura parecen ocupados en vigilar todas las entradas, y desde los amplios ventanales observan a los que pasan por la calle.

Al lado de Ly Shan se hallan los dos cartógrafos, escuchando las palabras del hombre de la pelliza, el cual dice en aquel momento:

—Mi Gobierno está dispuesto a pagar cualquier suma. Nos interesa el secreto de las minas magnéticas.

—No somos traidores —respondió McGuire— y jamás pondremos un arma tan poderosa en manos del enemigo.

—No se altere, coronel —dijo Ly Shan, dirigiéndose al hombre de la pelliza—. Ellos hablarán cuando les apretemos los tornillos. Los del Manchuko poseemos medios radicales para hacer hablar a los testarudos; así que no se preocupe, coronel Maskof; yo me encargo de todo.

—Suprima los nombres, porque no conviene dar demasiada publicidad. Según me han dicho, parece que en Seúl se encuentra un agente del

F. B. I.

y sería conveniente localizarle.

—Ya lo hemos hecho, excelencia; en este momento, dos de mis hombres le esperan en la calle Khanpoor.

—Excelente; veamos si estos dos caballeros están dispuestos a colaborar con la causa sacrosanta de la libertad.

—¡De la opresión y del crimen! —replicó Lowe.

—Cuidado con las palabras; nosotros defendemos el ideal más puro de la Tierra, y eso es lo que no quieren comprender nuestros enemigos. ¿Qué han decidido ustedes?

—Nada; seguimos siendo fieles a nuestra bandera —contestó McGuire.

En el rostro del coronel brilló una llama de cólera y apretó con fuerza el látigo de piel de foca que empuñaba.

Ninguno de ellos se había dado cuenta de que la casa se iba llenando de hombres vestidos con traje de mecánico, que invadían todos los rincones.

En la calle, «Crisantemo», la reina de los leales, aguardaba en un coche tirado por dos caballos; ella había dado sus órdenes y sabía que serían cumplidas.

¿Qué había ocurrido para que aquella mujer, ídolo de los arrabales, se hubiera transformado en el jefe de la más poderosa organización coreana?

Años antes, su padre, siendo jefe de talleres de una fábrica de tejidos, vióse obligado a parlamentar con una comisión de obreros que solicitaba algunas mejoras; éstas eran inaceptables, y el jefe de

talleres, en nombre de la empresa, se lo hizo saber así; ello originó violentas discusiones, y del grupo partió un disparo, que causó la muerte del padre de «Crisantemo»; ella, al saberlo, juró venganza, y desde aquel día empezó a reclutar adeptos. Che Fun, la ciudad prohibida, le sirvió de cuartel general.

Diariamente ocurrían actos de sabotaje, ardieron algunos talleres y hubo que lamentar la pérdida de varias vidas. Esto dio lugar a una tirantez, que fue causa de choques violentos; se atacaban en la calle y la Policía se veía impotente para impedirlo.

Tales desmanes obligaron a intervenir a las potencias que poseían propiedades en Seúl.

Pronto se supo que los de la ciudad prohibida eran los que defendían la ley y el orden, y por ello recibieron toda la ayuda necesaria.

Se organizaron patrullas de guerrilleros, que invadieron la montaña, llevando su dominio hasta la misma frontera.

Sin embargo, «Los Esclavos de la Libertad» también recibieron ayuda, y poco a poco se iba encendiendo la guerra civil; tardaría en estallar, porque ninguno de los dos bandos estaba preparado para una lucha prolongada, pero tarde o temprano la guerra llegaría.

En aquel año de 1946, las Cancillerías estaban dedicadas a otros asuntos más importantes; por eso nadie se fijó en aquel humo que anunciaba el principio de un incendio.

Frente al caserón ocupado por Ly Shan, se movieron unos bultos, y poco después, el montacargas subía lleno de hombres.

Lowe hizo una seña a McGuire; frente al ventanal habían visto pasar a dos individuos provistos de ametralladoras.

El coronel Maskof fue a levantarse, y en aquel momento, se abrió la puerta con violencia; los hombres que la guardaban trataron de impedir el paso a los que llegaban, pero fueron arponados.

Detonaron las armas con estruendo y se oyeron gritos, que ponían de manifiesto la idea del individuo. El coronel, pistola en mano, se abrió paso, desapareciendo por una puerta falsa, seguido de Ly Shan, y allí quedaron los irresponsables, jugándose la vida y dando el pecho sin saber por qué lo hacían.

Lowe y McGuire, los dos cartógrafos secuestrados, se vieron libres al fin de la tiranía de unos fanáticos, que no reparaban en los

medios con tal de conseguir los efectos.

Todo el caserón se convirtió en un infierno y «Los Esclavos de la Libertad» sufrieron su primera derrota y su primera humillación.

Poco después se retiraban los vencedores ordenadamente, sin ser molestados por la Policía internacional, que llenaba las calles, y es que todos ellos ostentaban una escarapela con la bandera nacional.

Crisantemo recibió en su coche a los dos cartógrafos y desapareció con ellos en dirección a la ciudad prohibida.

Este episodio iba a ser causa de que en Seúl cambiaran los acontecimientos.

El coronel, seguido de Ly Shan, subió a un coche y éste se puso en marcha. Los dos hombres parecían muy disgustados, y es que les acababan de demostrar la impotencia de «Los Esclavos de la Libertad».

Durante todo el trayecto, ninguno de los dos abrió los labios, y hasta se miraban con desconfianza.

El coche se detuvo frente a la Legación de Cuba y en ella penetraron los dos hombres, siendo recibidos por Tito Rizard, el cual les condujo a una de las habitaciones del fondo.

—Aquí estaremos tranquilos y sin temor de ser molestados.

Se veía un hermoso aparato receptor de radio, con las luces encendidas, y es que Tito estaba esperando un mensaje de su país.

El coronel se sentó y lo mismo hizo Rizard. Poco después, una voz llenó los ámbitos de la habitación:

«Confirmando noticia anterior. Agente del

F. B. I.

sobre la pista; le acompaña un aviador. Nuestra misión corre peligro de fracasar si no ponemos remedio oportuno; ese hombre debe desaparecer cuanto antes. En valija postal envío instrucciones. —P. X 2».

El coronel parecía estar furioso y lo demostraba con sus frecuentes protestas; era un hombre duro y poco comprensivo. Dirigiéndose a Tito, exclamó:

—Estoy disgustado con usted, porque su labor de colaboración deja bastante que desear. Todo el personal de esta cancillería ha recibido fuertes cantidades de mi Gobierno y ahora veo que ha sido

dinero tirado. Amigo mío: voy a poner las cartas sobre la mesa a ver si así me comprenden de una vez.

Su brazo derecho trazó un círculo en el aire como si quisiera abarcar todo el espacio. Aquel fanático se creía un iluminado y había llegado a pensar que él y los suyos podían salvar a la Humanidad.

—Escuchadme —dijo, con voz ronca—: hemos de salvar a Corea de las garras de sus opresores, pero para ello pisaremos «tierra quemada».

—«Los Esclavos de la Libertad» —dijo Tito— aumentan de día en día y pronto llegará el momento de lanzarse al asalto.

—Los del Manchuko están dispuestos a colaborar con nosotros.

Se hallaban los tres hombres sentados alrededor de una mesita turca y Tito hizo los honores de la casa sirviendo bebidas.

Aquellos hombres, con una tranquilidad pasmosa, estaban jugando con la paz del país y, tal vez, del mundo. Los grandes rotativos anunciaban intervenciones violentas. La amenaza se cernía sobre Seúl con negros nubarrones.

Por una de las ventanas del aposento asomaban las ramas de un viejo nogal, y trepado en una de ellas, apareció Toby.

—Tengo que marcharme —dijo el coronel, incorporándose, y agregó, con doble intención, dirigiéndose a Tito—: Será conveniente que se ocupe un poco más del asunto; ya tendrá tiempo de perder las horas hablando con la hija del embajador americano. ¡Guapa chica! ¿Verdad? Pero ninguna mujer merece el sacrificio de algo tan sagrado como lo nuestro. ¡Ah! Otra cosa: necesito la hoja de defunción de ese agente del

F. B. I.

Abrióse la puerta de golpe y apareció Charles, empuñando su pistola ametralladora:

—¡Atrás todos; ni un solo paso!

Contempló el asombro reflejado en aquellos semblantes y no pudo contener una mueca de desprecio, pero no contaba con la astucia de aquellos bribones, que todo lo tenían preparado para caso de apuro.

Se descorrió un trozo de pared y por el agujero desaparecieron los tres conspiradores. La pared volvió a cerrarse y todo quedó en silencio.

—Nos la han dado con queso, jefe —dijo Toby, saltando por la ventana.

MARAVILLOSO NUM. 100 EXTRAORDINARIO
de la Colección F. B. I.

YO, DIRECTOR DEL F. B. I.
por **A L F M A N Z**

Una novela inigualable, con 224 páginas, láminas
interiores doble dibujo en cubierta, al precio de
OCHO PESETAS

EL TEMPLO DEL DRAGÓN



HARLES no respondió nada, pero hizo una seña para que Toby le siguiera, y los dos se lanzaron por un estrecho pasillo, completamente a oscuras. No era nada fácil poder orientarse en aquellas casas, viejos edificios, con cuevas y recovecos, porque habían sido contruidos para eso: para que sirvieran de madriguera en tiempos futuros.

De pronto, el estampido de un disparo hizo retumbar los lóbregos pasillos. Charles, rodilla en tierra, contestó al fuego y hasta él llegó un grito de dolor.

Mientras tanto, Toby se había acurrucado detrás de un ídolo de barro, que no tardó en saltar en pedazos al ser alcanzado por las balas.

Al fondo del callejón se veía una luz parpadeante, que apenas bastaba a borrar las negruras.

Charles siguió avanzando, abriéndose paso con su arma. Vio caer a Tito Rizard y huir a los restantes; la lucha había terminado.

En la calle se oyeron algunos bocinazos, y poco después, fuertes pisadas sonaban en la escalera.

Charles levantó el cuerpo de Rizard y, echándoselo al hombro, desapareció con él por una salida secreta: la misma que habían usado los otros fugitivos.

La Policía internacional acababa de tomar cartas en el asunto, valiéndose de una orden extendida por el honorable Vy Shanon, presidente del ilustre Tribunal de Causas por Sedición.

Mientras tanto, Charles y su amigo llegaron al hotel, acompañando el cuerpo inanimado del cubano, que no daba señales de vida.

Toby poseía algunos conocimientos de Medicina y se encargó de efectuar la primera cura. La herida no era grave, pero el plomo había quedado dentro y era necesario extraerlo; se consiguió, después de varias tentativas.

Tito, al abrir los ojos, hizo una pregunta, mirando a Charles:

—¿Por qué ha hecho usted esto?

Charles tardó en responder; cuando lo hizo, de sus ojos brotaban chispas:

—Porque lo necesito. Los hombres como usted, siempre hacen falta en los momentos difíciles. Si dijera que le desprecio, sería poco; no encuentro palabras para calificar su acción. Ha traicionado no sólo a su patria, sino a las naciones amigas que confiaban en usted, y lo ha hecho por el interés de unas monedas, que serán su perdición.

Toby permanecía callado, observando al traidor, que varias veces intentó protestar de las palabras de Charles, pero éste no le dejó intervenir; después de una pausa, el agente volvió a la carga, diciendo:

—Quiero saber quién le da las órdenes; necesito conocer el nombre del responsable de la hecatombe que se avecina.

—Lo desconozco.

Charles desenfundó la pistola y, apuntándole al pecho, le dijo:

—Su vida me pertenece. Aquí, los traidores mueren en la horca; pero yo quiero librarle de esa vergüenza y le voy a despachar de un tiro.

Tito Rizard vio la muerte muy cerca y tuvo miedo; lanzó un grito de espanto y, abriendo los brazos, exclamó:

—Espere; si me mata, no sabrá nada. Poco es lo que puedo decirle, pero le contaré lo que sepa; en realidad, Ly Shan es quien nos representa y el que se entrevista con el coronel Maskof; entre los dos combinan todas las operaciones de alguna envergadura...

—¿Cuál es la próxima?

—Hacer volar la Embajada americana, pues, según mis informes...

No pudo seguir hablando. Por una de las ventanas vino una bala y el cubano calló para siempre.

Charles dio un tremendo salto y salió como un ventarrón, persiguiendo a los asesinos. En la puerta había una «moto» y se apoderó de ella; un «auto» de color gris doblaba la esquina en aquel momento.

—¡Eh, amigo! —gritó al dueño de la «moto» al ver que se llevaban su máquina, corriendo hacia él.

—No se preocupe; se la devolveré lo más pronto posible.

¡Y partió como una flecha!

El conductor del coche, sin duda, se dio cuenta de la persecución de que era objeto, porque apretó el acelerador, y el carruaje dio un salto, como si tratara de rebelarse; pero la «moto» era del último modelo y podía competir ventajosamente con cualquier turismo.

Sucedió algo que desconcertó un poco al perseguidor: el coche se introdujo por un vallado, y apenas hubo pasado, las tablas ocuparon su sitio. Charles tuvo que desmontar de la «moto» y abrirse paso por entre aquel laberinto de madera.

De pronto, un disparo le hizo comprender que debía usar de toda su prudencia. Pasado el obstáculo, hallóse ante las ruinas milenarias de un templo chino. Dejó la máquina escondida y se fue acercando con toda suerte de precauciones; el templo, aunque ruinoso, conservaba gran parte del techo; era una obra soberbia, en la que se veían profundas galerías, que eran, en aquella penumbra, como canales en los que navegaran fantásticos barquichuelos.

Charles atisbaba prudentemente sabiendo que la muerte andaba muy cerca. Arrodillado al pie de un dragón y con la pistola en la mano, estuvo un buen rato acechando, hasta que le pareció sentir ruido de pasos.

Se apoderó de un pedrusco, arrojándolo a su derecha, y entonces, sonó un disparo; era aquél un recurso que nunca fallaba.

Charles hizo fuego a su vez: la caza del hombre había empezado. Después de un prolongado tiroteo, consiguió hacer blanco; vio que era un hombre y escuchó su grito de dolor.

Corrió hacia él con la pistola montada y le dio vuelta; al encender un fósforo, pudo comprobar que jamás había visto al hombre aquél, pero ¿dónde estaba el otro? Una silueta se dibujó en uno de los huecos.

El otro huía, y Charles se dispuso a perseguirlo; lo vio subir al coche y éste se puso en marcha con extraordinaria rapidez.

Empezó la persecución; cruzaron varias calles y, de pronto, Charles lanzó una exclamación de asombro.

¡El coche acababa de penetrar en la Embajada inglesa!

¿Qué significaba aquello?

Charles no tenía facultades para violar la residencia del representante inglés; por tanto, volvió a subir en la «moto» y se dirigió al punto de partida para entregársela a su dueño.

Este mostróse muy satisfecho al recibir, como premio por su condescendencia, una valiosa propina.

—Era un tipo que me debía una cantidad y tuve que cobrársela por las malas —explicó Charles.

—Los hay frescos —dijo el dueño de la «moto».

En aquel momento, Charles vio que Toby le hacía señas y se acercó a él, deseoso de inquirir lo que deseaba.

—¿Qué pasa, muchacho?

—He logrado sorprender la onda de una emisora clandestina que debe estar por aquí cerca. Según parece, se trata de un foco rebelde que está haciendo una propaganda deplorable.

Salieron nuevamente a la calle e invitaron al hombre de la «moto» y a su acompañante a unas copas. Frente al hotel había un pequeño bar, propiedad de Homaka, un japonés de las islas del Sur, y en él penetraron.

—Ando buscando una emisora —dijo Charles— que debe hallarse cerca de aquí, porque yo me dedico a vender piezas de repuesto para las emisoras.

Aquellos dos hombres debían saber algo, pero eran desconfiados y no abrieron la boca, a pesar de los esfuerzos de Charles; pero éste

no se daba fácilmente por vencido, toda vez que estaba acostumbrado a convencer a otros más recalcitrantes.

Pidió la botella de ginebra, cuya copa valía un dólar americano, y llenó por quinta vez los vasos a sus invitados, que estaban encantados con la generosidad del americano.

La ginebra, para el qué no está acostumbrado a beberla, es una bebida traidora, que hace efecto cuando menos se espera, y el hombre de la «moto» empezó a dar claras muestras de una alegría artificial, cantando una de las canciones más en boga en los puertos del Pacífico.

Toby era un mal bebedor, y cada vez que le volvían la espalda arrojaba su bebida al suelo; en cambio, Charles alternó con ellos, bebiendo hasta la última gota, sin que le hiciera el más mínimo efecto.

De pronto, dijo el hombre de la «moto»:

—Me llamo Shao Pilg y soy manchuriano, pero siempre he vivido en Corea, a la que considero mi verdadera patria.

Pasó el brazo por el hombro de Charles, y con esa confianza que presta el alcohol, dijo, con voz ronca:

—Tú pareces un buen chico y vamos a ser muy buenos amigos; para que veas que te aprecio de verdad, voy a decirte algo que no he dicho a nadie. Mira: en la antigua pagoda, que se halla al final de la calle Himalthasa, se halla instalada hace tiempo una emisora secreta; pero es peligroso entrar allí. Le llaman el templo del dragón y está custodiado por individuos que pertenecen a la sociedad «Esclavos de la Libertad».

—¡Cállate, Shap; estás hablando demasiado! —dijo, mirando a su alrededor con temor y desconfianza.

—Nada tienes que temer —le dijo Toby—, porque nosotros te protegemos.

El amigo de Shao era un hombrecillo insignificante, a quién la ginebra no logró levantar el ánimo, pero Shao, que le conocía de sobra, le respondió:

—Tendrás una muerte triste, Pyn Nony, y cualquier día morirás de miedo.

La botella mostraba ya el fondo y Charles, considerando que ya sabía demasiado, se despidió de sus nuevos amigos y, seguido por Toby, penetró en el hotel.

Una vez en el «*hall*», entró en la cabina telefónica y, después de marcar un número, esperó la respuesta a su llamada.

—Oiga: del Hotel Yumata. ¿Puede mandarme un «taxi» lo más pronto posible?

—Sí, señor —fue la respuesta.

Y aún no habían pasado diez minutos, cuando el coche aguardaba a la puerta.

—Siga esa calle derecho —indicó Charles al chófer.

Era éste un coreano bonachón, de cándida mirada, que sonrió al extranjero al poner el coche en marcha.

Pasaban los vendedores ambulantes pregonando sus mercancías y casi se rozaban con él coche, que tenía que hacer violentas curvas para no atropellarlos.

La calle se prolongaba a lo lejos, perdiéndose entre macizos de rododendros, y al final, se alzaba, borrosa e indefinida, la silueta: aplastada de la pagoda en ruinas.

En aquel momento volvióse el chófer, diciendo:

—Todavía no me han dicho dónde vamos.

—¡Al templo del dragón!

Al oír aquellos palabras, el amarillo frenó de golpe y, sujetando el volante con las dos manos, exclamó:

—Lo siento, honorables señores; pero yo de aquí no paso —y ante el mudo interrogante de Charles, agregó—: No tengo más que una vida y la estimo bastante; además, en mi despreciable hogar me aguardan cuatro pequeños.

—Siga adelante —ordenó Charles, apoyando su automática en las costillas del conductor, el cual ante aquellos razonamientos, puso en marcha el coche.

—Ustedes serán responsables de lo que pase. El templo del dragón es un lugar horrible y ni la Policía se atreve a penetrar.

El coche se detuvo en las cercanías de la enorme pagoda.

—Supongo —dijo Toby— que no querrá esperarnos.

—Desde luego que no, honorables señores; ésta es zona prohibida para nosotros.

Charles le dio unas monedas en pago del viaje y el hombre puso el «auto» en marcha, haciéndole desarrollar toda la velocidad posible.

—Va lleno de miedo —dijo Toby.

Se dirigieron, rodeando las ruinas, hacia una especie de plataforma formada por los derrumbamientos. Por allí se podía entrar en el templo toda vez que las puertas principales estaban cegadas por los escombros.

—Tú me esperas aquí, Toby, y si oyes algo acudes enseguida pero no te duermas porque nos vamos a jugar la vida a una carta peligrosa; en este templo se reúnen los secuaces del coronel Maskof.

—Lo suponía.

—Hemos de proceder con cautela y decisión, procurando actuar aisladamente de la Policía internacional, porque esta cuestión atañe directamente a nuestro Gobierno, pero ya hablaremos de eso; tú, no te muevas de aquí.

Desapareció Charles por el enorme boquete y al hallarse en el interior procuró orientarse en medio de aquel tenebroso camino de sombras.

Halló una especie de vereda muy cerca de la bóveda y la siguió, notando que se producía, en su marcha, un notable descenso.

Las mudas paredes de aquel secular edificio parecían tener vida propia y había en ellas una sorda vibración cuyas palpitaciones eran como latidos de un corazón monstruoso.

Todo lo demás era silencio; un silencio agobiador y desconcertante.

Charles, hombre de acción, no vaciló ni un solo momento: estaba dispuesto a registrar la pagoda de punta a punta, sin olvidar el más pequeño rincón, porque creía que dentro de aquellos viejos muros se ocultaba el misterio que andaba buscando. Ya no era sólo el hallar a McGuire y a Lowe aunque ésa fuese la causa de su misión en Asia; ahora se trataba de descubrir al hombre que en nombre de una potencia trataba de arrojar la antorcha de la guerra, provocando el incendio más formidable de todos los tiempos.

La tirantez existente entre las masas populares de Corea, era una prueba irrefutable de la labor desplegada por los agentes secretos.

Charles se detuvo de pronto. Hasta él acababa de llegar un débil campanilleo. Se fue acercando sin hacer ruido, sigilosa y suavemente, como las sombras, que avanzaban empujadas por el crepúsculo.

Charles esperaba encontrar algo, pero nunca supuso que hallaría una moderna emisora funcionando continuamente. Había que

acercarse sin ser oído; era necesario sorprender al locutor que enviaba sus venenosas palabras a todos los continentes.

No era difícil ampararse en aquellas ruinas y se escondió muy cerca del confiado locutor que había dejado su ametralladora sobre un asiento.

El agente del

F. B. I.

se fijó en un pequeño detalle: aquel arma era de un sistema desconocido para él.

En aquel momento el locutor estaba transmitiendo y Charles Duncan, el hombre de los nervios de acero, escuchó con toda su atención.

He aquí el contenido del radiograma:

«Esclavos de la Libertad» de todo el mundo, oíd: os habla el hombre encargado por los poderes invulnerables de la Gran Reunión para haceros conocer la última voluntad del que todo lo puede. Debéis llevar el espanto y la destrucción a todos los hogares, poniendo toda suerte de obstáculos en la marcha de nuestros enemigos. La consigna para hoy es la siguiente...

En aquel momento las palabras se helaron en sus labios al sentir algo duro que se apoyaba en su espalda.

—¡No te muevas!

El locutor no estaba dispuesto a obedecer, porque se revolvió furioso y fue entonces cuando la pistola de Charles marcó en su frente un reguero de sangre. Cayó al suelo y el agente del

F. B. I.

se colocó delante del micrófono, diciendo:

«Camaradas del mundo, os habla un hombre del pueblo que odia la guerra y la destrucción que algunos quieren provocar. Millones de ojos vigilan la torpe maniobra y millones de brazos están dispuestos a luchar en defensa de los sagrados ideales que son para nosotros el pan de la tradición, por eso os digo...»

Volvióse Charles al sentir pasos. Una de las lucecitas rojas acababa de apagarse. A su izquierda vio a media docena de hombres armados de fusil que llevaban extraños uniformes. Allí estaba, con ellos, el coronel Maskof, sonriente e irónico.

—Bueno, amigo, creo que esta vez ha perdido la partida y es que no se puede jugar impunemente con los «Esclavos de la Libertad». ¡Prendedlo!

—Un momento, coronel, no tenga tanta prisa; a pesar de su estrategia ha olvidado lo principal y es que todas las precauciones son pocas cuando se trata de sorprender al enemigo; dese la vuelta y recibirá una sorpresa.

El coronel giró en redondo impulsado por aquellas palabras y entonces fue cuando recibió la sorpresa que no esperaba.

Charles había dado un salto y le tenía dominado con la ametralladora cuyo cañón apoyaba en su espalda.

—Dígales a sus hombres que no se muevan si no quieren quedarse sin jefe.

—Quietos, muchachos —dijo el coronel, sonriendo torvamente—, este hombre no podrá salir de aquí después de haber descubierto nuestro secreto.

En aquel momento, Charles vio a Toby que gateaba como un felino por las escarpaduras de las paredes laterales y comprendió su intención: su compañero trataba de sorprenderles por la espalda.

La voz del joven aviador llegó a los conjurados con la fuerza de un altavoz:

—¡Dejen caer las armas! ¡Están rodeados!

Los mercenarios del crimen se movieron indecisos sin saber qué decisión tomar. El coronel les animaba para que disparasen contra cualquiera que asomara, pero el agente lo tenía dominado con su moderna automática y no podía moverse.

Toby, para hacer más sólido su mandato, abrió fuego contra la radio haciendo saltar varias piezas esenciales que dejaban al aparato completamente inservible.

El gran farol que colgaba del techo saltó en pedazos quedando la pagoda envuelta en sombras.

—¡No lo dejéis escapar! —gritaba el coronel, saltando como un energúmeno mientras sus hombres hacían fuego sin saber adónde; Charles y Toby, buscaban la salida y al no encontrarla tuvieron que

retroceder chocando con los hombres armados del coronel. Sonaron varios disparos y después todo quedó en silencio, un silencio agobiador y agorero precursor de trágicos sucesos.

De los hombres del coronel, tres dormían el último sueño y dos se hallaban heridos de consideración.

Poco después se iluminaba el recinto y la pagoda se llenaba de gente, tipos patibularios del Yalú y de Fort Hamilton. Alzóse enorme gritería al ver la emisora destruida. El odio encendía sus corazones y todos estaban deseando lanzarse al pillaje y a la destrucción. Habían sido bien elegidos, porque allí estaban representados los vagos de los muelles y los de las carreteras, pero entre aquella resaca había algunos con misiones secretas encargados de orientar a los profanos.

El coronel examinó a su gente y quedó satisfecho. Había allí una fuerza lo suficiente poderosa para emprender cualquier acción importante.

—Muchachos: no hay que desesperar, porque las pérdidas no han sido grandes y con un poco de paciencia lo arreglaremos todo y esos miserables pagarán cara su audacia. A ver, ¿dónde está el número cuarenta y siete?

Un hombre se separó del grupo, avanzando hacia él.

—Yo soy, coronel.

—¿Cómo te llamas?

—Mischa Ruskin.

—¿Tienes preparado el aparato?

—Aquí lo traigo —dijo, mostrando un pequeño paquete—; tiene cuerda para cuatro horas.

—Pues vete y que tengas suerte; no olvides que la Embajada americana está muy vigilada.

Ruth acababa de penetrar en el despacho de su padre cuando sonó el teléfono. Descolgó el auricular, preguntando:

—¿Quién habla?

—¿Es la Embajada americana?

Era una voz de mujer la que preguntaba y Ruth se extrañó de ello, pero dispuesta a conocer el motivo de aquella llamada, contestó afirmativamente y entonces recibió una segunda sorpresa:

—Pues oiga; en estos momentos un hombre se dispone a volar el edificio; se trata de un manchuriano vestido de caravanero. No, no

me pregunte más nada porque nada más podría decirle.

Ruth sintió cómo cortaban la comunicación.

Diez minutos después el dinamitero había sido detenido en el jardín de la Embajada.

¿CONOCE USTED

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

VI

SIGUEN LAS INTRIGAS



ARRISON, el secretario de la Embajada inglesa, seguía siendo el niño bonito en el mundo diplomático y estaba considerado como una especie de árbitro de la elegancia.

A su paso sonreían las mujeres, mendigando una frase galante; era lo que se dice en términos usuales, un conquistador irresistible que no había hallado rival a su paso; pero como todo llega, también llegó el hombre que había de superarle con ventaja.

Al tropezarse con Charles Duncan comprendió que había hallado

a su rival y tuvo ocasión de confirmarlo poco después al ver a Ruth hablando con el agente secreto, pero bien dicen que no hay enemigo pequeño, y Harrison se había hecho odiar de una de las criadas, la cual cada vez que lo veía creía ver al diablo.

Aquella tarde, Harrison llegó en misión oficial portador de unos pliegos procedentes de Londres destinados al embajador americano: él mismo quiso traerlos porque deseaba hablar con Ruth, a la que halló en la terraza, y ni corto ni perezoso se sentó a su lado para dedicarla sus más tiernos madrigales.

Ruth encontraba atractivo al inglés y se complacía en escuchar sus almibaradas frases, pero aquel día no estaba de humor para nada; una de sus doncellas, precisamente Esther, la enemiga de Harrison, le había extraviado un camafeo que representaba a un viejo monarca de la dinastía de los Wang.

Esther se hallaba asomada a uno de los balcones cuando vio pasar a Toby, con el que había simpatizado desde el primer momento; bajó corriendo las escaleras y lo alcanzó frente a la puerta.

—Oye, guapo —le dijo—: no corras tanto.

Volvióse Toby, y al reconocer a la doncella exclamó:

—¿Qué quiere la simpática nena?

—Quiero que le digas a tu amigo que ya está aquí el moscardón haciéndole sombra.

—Y eso a ti, ¿qué te importa?

—El inglés no me es simpático.

—Y yo, ¿te gusto?

—Mas que un pastel de ciruela.

Se separaron después de prodigarse requiebros más o menos vulgares: ella penetró en la casa y Toby se dirigió al hotel.

Desde su llegada, Charles era muy amigo del embajador con el que celebraba largas entrevistas cambiando impresiones de la situación, que cada vez estaba más confusa.

En aquel momento, Charles y Toby penetraban en el despacho. El padre de Ruth les recibió sonriente y alegre, diciendo:

—Llegan ustedes a tiempo, porque casualmente pensaba mandar a buscarles.

—¿Ocurre algo? —preguntó Toby.

—Hace rato que está ocurriendo; acabo de saber que en las

viejas murallas del templo de Confucio existe ahora una ciudad fortificada a la que llaman «la ciudad prohibida». Ignoro si se trata de amigos o enemigos, pero convendría averiguarlo. Tal vez un hombre disfrazado pudiese penetrar en su interior.

—Desde luego —aceptó Charles—; de eso se encargará Toby.

—¿Yo?

—Sí, tú, y va a ser ahora mismo. En la habitación del hotel tengo un traje de circunstancias que puede servirte. Te lo pones y te largas; usa de toda tu sabiduría.

—Pero Charles...

—¡Es una orden!

Salió Toby después de saludar al embajador con un apretón de manos, murmurando:

—Por si no volvemos a vernos.

En aquel momento, Charles levantó una de las persianas y vio a Harrison bajo el emparrado, hablando muy animadamente con Ruth.

Levantóse y entonces el embajador le preguntó:

—¿Dónde va?

—Estoy viendo un pajarraco...

Sonrió el embajador, diciendo:

—Usted nunca fue muy amigo de míster Harrison.

—Ni usted lo sería si conociera su historial. Es un pájaro de cuenta, demasiado peligroso para perderlo de vista; para que usted lo sepa, le diré que está en combinación con «Los Esclavos de la Libertad».

—¡Eso es imposible!

—Nunca acuso sin falta de pruebas; he tenido ocasión de comprobarlo; es un traidor vendido al oro de los traficantes de armas, un inglés que deshonra a su raza, un cobarde que no tiene alientos para dar la cara y se esconde entre las sombras.

—Me deja usted asombrado.

—Con su permiso voy a proceder como si estuviéramos en la Quinta Avenida.

—Haga usted lo que quiera. El

F. B. I.

tiene atribuciones especiales hasta en el sur de Asia.

—Gracias, míster Richardson.

—De nada, hijo; Bravura, Fidelidad e Integridad.

Harrison no esperaba encontrar a Charles en aquellos momentos y levantó la cabeza, asombrado al verlo delante de sí. Tratando de mostrar a mal tiempo buena cara, dijo, con una sonrisita forzada:

—¡Hola! Hace buen día, ¿eh?

Charles le miró con desprecio; encontraba en aquel sujeto toda la gama aborrecible de los hampones de la orilla del Támesis y lo comparaba, al mismo tiempo, con los piratas del Yalú; era falso y no sabía hacer frente a una situación difícil.

Charles, dirigiéndose a Ruth, exclamó:

—Le ruego que me perdone, señorita, pero me veo obligado a echar a la calle a este individuo...

—¡A mí! —dijo Harrison, extrañado.

—¿Por qué? —preguntó Ruth.

—Es un traidor.

—¡Miserable! —rugió el inglés, furioso, cerrando los puños.

Harrison se había incorporado y avanzó dispuesto a castigar a Charles, pero éste se limitó a sujetarle por una muñeca, y haciendo un esfuerzo lo obligó a ponerse de rodillas.

—Los hombres como tú no pueden hablar de igual a igual a las personas honradas.

Le soltó bruscamente y Harrison cayó de espaldas; entonces le dijo Charles:

—Te doy cinco minutos para que te vayas; pasado ese plazo te arrojaré por encima de la terraza.

Harrison masculló una maldición y se quedó mirando; dentro de su cobardía no quería humillarse delante de aquella mujer a la que deseaba, pero la actitud resuelta del agente especial le hizo cambiar de propósitos y abandonando la terraza descendió las escaleras a grandes saltos.

—Pobre diablo —comentó Ruth—, lleva miedo para todo el año.

Charles llevó la conversación al terreno deseado; él amaba a Ruth, pero antes era el cumplimiento del deber y éste le obligaba a sacrificar voluntades y caprichos.

—Según parece —dijo, después de un cambio de conversación—, esa ciudad prohibida está gobernada por una mujer.

Ruth relató la comunicación telefónica tenida con una mujer desconocida que le avisó de la presencia de un dinamitero y, gracias

a ello, pudo evitarse el atentado y detener al delincuente.

—No sé qué papel desempeñará Toby en la ciudad prohibida, pero como no regrese pronto, iré en su busca.

—No es fácil penetrar en aquella ciudad amurallada, defendida por centenares de hombres dispuestos a dar su vida por un ideal.

En aquel momento una detonación llegó hasta ellos; al principio Charles pensó que algún neumático había reventado, pero al sentir el silbato del policía de facción en la esquina, salió corriendo con las intenciones de averiguar lo sucedido.

Se llevó una gran sorpresa al ver el cuerpo de Harrison tirado en medio de un charco de sangre.

Charles se inclinó sobre el cadáver y entonces el policía coreano le apartó bruscamente cogiéndole de un brazo.

—Soy médico —mintió Charles con gran aplomo.

El policía se encogió de hombros, dando su asentimiento.

Toda la calle estaba inundada por el aroma de los almendros en flor y había, a pesar de los grupos hostiles que pasaban, un ambiente de paz y de concordia. De un viejo palacio, recientemente restaurado por un comerciante japonés, salió una bandada de palomas que pasaron volando por encima de la Embajada yendo a posarse en el jardín, donde aguardaron las dádivas de Ruth.

Charles, después de examinar detenidamente a Harrison, sacó en consecuencia que había sido asesinado a muy corta distancia, y poniéndose en pie, exclamó:

—Está muerto.

Se oyeron risas burlonas. Algunos mozos de cuerda formaban parte del grupo, pero entre ellos se hallaban hombres de los muelles, de esos que siempre disponen de horas libres.

Una ambulancia llegó en aquel momento y recogió el cadáver. Charles se acercó al chófer y le dijo unas palabras al oído; el coche se puso en marcha y todos vieron cuando dobló la esquina que llevaba en la parte posterior pintada la bandera inglesa.

Una patrulla de hombres uniformados pertenecientes a la Marina de guerra hicieron acto de presencia; iban mandados por un contramaestre, al que se acercó Charles mostrando la insignia de agente de la Oficina federal.

El marino le saludó militarmente y se puso a sus órdenes. Charles, señalando la casa de enfrente, le dijo:

—El secretario de la Embajada inglesa ha sido asesinado por sus propios compañeros; era un traidor y tuvo el final que merecía, pero el culpable pertenece a ese odiado bloque que se hace llamar «Esclavos de la Libertad», y debe encontrarse en la casa de enfrente; les pido que me ayuden a capturarlo porque, una vez en nuestro poder, es muy posible que nos facilite importantes detalles.

Apenas oídas aquellas palabras, los marinos americanos irrumpieron como un torbellino en el edificio señalado por Charles; iban con las bayonetas caladas, dispuestos a emprender la lucha sin contar el número de los enemigos.

Una nube de chinos les cerró el paso; vociferaban como locos manoteando desesperadamente; varios culatazos asestados con terrible puntería abrieron brecha.

Por fin, después de mucho revolver, encontraron al asesino oculto entre un montón de paja y lo sacaron a empujones.

—Aquí lo tiene, señor —dijo el contramaestre.

—Llévenlo al cuartelillo, porque ha de ser juzgado según las leyes internacionales.

Una patrulla coreana se acercó pretendiendo hacerse cargo del detenido, alegando sus derechos de Policía local, pero Charles les dijo:

—El hecho ocurrió en jurisdicción americana y el muerto era súbdito inglés, por lo tanto el detenido ha perdido sus derechos de ciudadano coreano.

Fue inútil cuánto tratara de alegar el policía local porque el detenido fue conducido al cuartelillo, en cuya puerta ondeaba la bandera americana.

Charles despidióse de los marinos y se perdió en la ciudad. Estaba bastante preocupado por la tardanza de Toby, que no daba señales de vida, y se decidió investigar por su cuenta.

«Le Fung Chow», o sea el pájaro azul, era un lugar de recreo frecuentado por gente de toda clase y condición. Se hallaba situado en el camino de la antigua pagoda, y al caer de la tarde sus inmediaciones se llenaban de parroquianos que gustaban de tomar el té a la sombra de la arboleda. El negocio era un elegante local provisto de todas las comodidades necesarias y su propietario, un tipo desprovisto de delicadezas y capaz de vender su alma por un miserable yen.

Aquella tarde se hallaba el merendero muy concurrido y su principal clientela pertenecía al temido bloque «Esclavos de la Libertad».

Luma Yon, el dueño del local, era chino del Norte, pero llevaba en Seúl muchos años, donde había logrado amontonar una regular fortuna valiéndose de negocios inconfesables, porque, en honor a la verdad, Luma Yon era espía, al servicio de una mala causa.

Físicamente resultaba su aspecto una caricatura de hombre: flaco y desgachado, con un bigote de cuatro pelos colgantes y una calva reluciente como una bola de billar.

Pero era listo como una ardilla y no se le escapaba un solo detalle de todo cuanto ocurría en su casa; su mirada de halcón parecía querer perforar las paredes; su mujer, Ra Ny, le secundaba eficazmente, formando digna pareja con él.

En aquel momento se produjo un murmullo en la sala. Charles acababa de entrar y uno de los parroquianos le había reconocido, a pesar de ir disfrazado.

El revuelo quedó sofocado por la aparición de Tao Syn, la bailarina de moda en los arrabales de Seúl; silbidos, que eran muestra de aprobación, acogieron su presencia y furiosos golpes en el suelo con los pies dieron la bienvenida a la «estrella», quien correspondió al ruidoso recibimiento con sonrisas y zalemas.

El escenario estaba adornado con papeles pintados y en el interior, oculta por los telones, se hallaba la orquesta.

También la música y la letra formaban parte de la conspiración, porque todo estaba combinado para propagar el virus ponzoñoso que a todos corroía. He aquí la letra de uno de los «couplés»:

«Las orillas del Yalú se llenan de embarcaciones, son
los enviados de Wonga, mensajeros de ilusiones».

Aquella canción fue recibida con grandes aplausos; señalaba el envío de nuevas fuerzas para incrementar los actos de sabotaje.

Luma Yon acercóse al hombre que había reconocido a Charles.

—Es aquel que habla con la bailarina.

—Déjalo de mi cuenta.

La tormenta se iba preparando y nadie podría evitarla, porque entre aquella mezcolanza de tipos los había de todas clases; amigos y enemigos.

Charles trataba de indagar, y su principal objetivo era hacer preguntas; muchas veces las cosas le salían bien, pero en aquel momento el cielo se estaba nublando para él y no tardaría en descargar la tormenta de rayos; lo comprendió así al ver varios ojos hostiles clavados en él; le miraban con odio y fue entonces cuando decidió ponerse a la defensiva.

Disimuladamente dio la vuelta hasta colocarse detrás de unos cajones, en el preciso momento en que un cuchillo venía a clavarse a pocos centímetros sobre su cabeza.

El agente del

F. B. I.

demostró una vez más la rapidez de sus decisiones, y sacando su automática disparó casi sin apuntar. El chino, mortalmente herido, dio una voltereta para caer entre sus compañeros, que lo apartaron tratando de auxiliarle, aunque ya era tarde para eso.

La acción enérgica de Charles tuvo violentos frutos y el merendero se convirtió en un infierno. Llovían las balas y Charles tenía que aplastarse contra el suelo para no ser herido.

Los hombres que llenaban el local avanzaron amenazadores, rugiendo como energúmenos; no parecían hombres, eran fieras sedientas de sangre y de venganza, verdaderos demonios sin más control que su deseo de destruir.

Charles se consideró perdido; disparó todo el cargador de la pistola, abriendo algunos claros que no tardaron en llenarse; el agente del F. B. I. empujó la pila de cajones, obteniendo de esa forma un corto respiro.

Puños cerrados se alzaron ante él. Detrás del mostrador, Luma Yon sonreía y su rostro semejava una mascarilla de bronce. Cuando ya todo parecía perdido se produjo un revuelo en las filas, una vibración que llenó los corazones de un temblor convulsivo.

¡En la puerta asomaron varios marinos americanos!

Se inició la desbandada, pues los fusiles yanquis tenían la virtud de originar carreras pedestres, pero no todos huyeron; entre aquella amalgama de indeseables había algunos que sabían jugarse la vida cuando llegaba la ocasión, y así ocurrió en aquel momento.

Atrincherados donde encontraron sitio a propósito, recibieron a tiros a los marinos americanos, pero la pistola ametralladora de Charles empezó a sembrar balas y de la primera ráfaga quedaron

cuatro fuera de combate.

Luma Yon, provisto de un viejo mosquete que sin duda perteneció a los piratas de la Malasia, trataba de hacerlo funcionar aunque inútilmente, toda vez que la cazoleta y el gatillo estaban oxidados por completo.

Charles, al verlo tan ufano, saltó sobre él y lo volteó de un fuerte porrazo.

La lucha había terminado y los marinos eran dueños del terreno. Un rubicundo cabo de cañón saltó al mostrador y se apoderó de las dos botellas de «*whisky*» que quedaban, y como eran las únicas y le parecían pocas agarró una de «*vodka*» que le supo a gloria.

Ya se retiraban todos celebrando la feliz terminación del entrevero, cuando en mitad de la calle apareció la despreciable figura de Ly Shan acaudillando a un grupo de hombres armados.

Charles indicó la retirada, pero ya no había tiempo para ello y los marinos tuvieron que replegarse dentro del salón ocupando las posiciones más convenientes.

Ly Shan ordenó el ataque: esta vez traía gente suficiente y no dejaría escapar al intruso.

Bien dicen que la serenidad es la base de toda victoria, y Charles una vez más dio pruebas de saber usar el cerebro; en efecto, mientras los marinos mantenían a raya a los atacantes, él dio la vuelta por el patio y, saliendo por una puerta falsa, empezó a tiros, sorprendiéndoles por la espalda. Aquello fue el final, y había que ver cómo corrían «Los Esclavos de la Libertad».

Wanker, el contramaestre de la Infantería de Marina, se acercó al teléfono y pidió comunicación con su jefe.

—... sí, señor; hemos disuelto la reunión y hay varios muertos y heridos; nosotros también tuvimos dos bajas. Espero órdenes; perfectamente, señor; ahora mismo salimos para allá; quién, ¿el agente secreto?; sí, está aquí. Ahora se lo digo.

Wanker volvióse hacia donde estaba Charles y le dijo que el jefe de la base naval deseaba hablar con él.

Poco después entre ambos se cruzaba el siguiente diálogo:

—Oiga, Charles: acabo de recibir una comunicación tan misteriosa como interesante. Una mujer me ha dicho por teléfono que tiene prisionero a su amigo Toby, pero que no se lo entregará a nadie. Dijo también que no piensa hacerle daño, pero que es

necesariamente forzoso que usted vaya en su busca.

—¿De dónde hablaban?

—De esa famosa ciudad prohibida que nadie sabe dónde está.

—Está bien; yo procuraré dar con ella.

—¡Ah! Oiga, se me olvidaba: la comunicante me encargó con mucho interés que le dijera que se llama «Crisantemo».

—Lo suponía...

VII

LA SOMBRA DE CONFUCIO



A llamada de «Crisantemo» era un desafío y Charles lo aceptó, como tenía por costumbre. Sí; ahora se acordaba bien de aquella «Crisantemo», y hasta conservaba un cartoncito con su nombre en la cartera; era aquella guapa muchacha que en la estación había sido agredida por el manchuko y que él la había defendido espontáneamente sin conocerla; claro que se acordaba de ella, aunque nunca llegó a pensar que se trataba de un personaje tan importante, toda vez que era nada menos que jefe de los guerrilleros nacionalistas en franca lucha contra toda intervención extranjera, pero eso no evitaría que él acudiera a la cita.

No le importaba la altura de las murallas, ni la cantidad de bayonetas que cerrasen el paso; él pertenecía al glorioso y benemérito

F. B. I.

Eso bastaba para darle alientos.

El embajador trató de aconsejarle, diciéndole:

—Hemos intentado entablar relaciones amistosas con esa mujer sin conseguirlo y, sin embargo, sabemos que lucha a nuestro lado y defiende nuestros propios derechos, que son los de la Humanidad; por eso le recomiendo que vaya; es fácil entrar en la ciudad prohibida, pero muy difícil salir.

Charles no tenía ganas de discusiones porque ya estaba tomada su determinación; pero había algo no tratado todavía y era la desaparición de los dos cartógrafos, por los cuales llegó a ofrecer el Gobierno una recompensa de cincuenta mil dólares, y es que aquellos sabios poseían el secreto de las minas magnéticas.

—Yo creí —dijo Charles— que usted sabía ese asunto.

—En efecto, ya lo tenía localizado; McGuire y Lowe estaban en poder de «Los Esclavos de la Libertad», pero los guerrilleros de «Crisantemo» se los arrebataron, por lo que es de suponer que ambos se encuentren en la ciudad amurallada.

—Siendo así, los rescataré.

—Me gustaría saber cómo se va arreglar para conseguirlo.

Charles lanzó una alegre carcajada, diciendo:

—La diplomacia es incompatible con las cuestiones de orden público; yo, por ejemplo, en el campo de la delincuencia sé encontrar una huella y seguir la pista, y hasta hoy soy capaz de convertirme en un verdadero hampón si las necesidades del caso lo requieren; en cambio, en la vida de los salones me siento como extraviado.

—Nos hemos apartado del caso; ¿qué piensa usted hacer ahora?

—Ir a visitar esa famosa ciudad, que tal vez ni exista siquiera.

—¡Oh, de eso no le quepa duda! —Y, sonriendo, agregó—: Mire, aquí está Ruth, que puede darle algunos detalles. Yo les dejo, pues tengo una entrevista con el cónsul de Francia, y no quiero hacerle esperar.

Salió el embajador, y apenas se quedaron solos, dijo ella:

—Estaba deseando encontrarme a solas con usted para hacerle

entrega de algo que considero de suma importancia. Me lo dio Harrison, y desde entonces lo he conservado, esperando este momento; en realidad no sé lo que significa ni para qué sirve.

Al decir esto abrió la mano y mostró una especie de camafeo representando un elefante blanco; tanto la silla como el atalaje eran de oro y piedras preciosas.

Charles lo examinó detenidamente dándole vueltas entre sus dedos, hasta que de pronto el camafeo se abrió en dos mitades, mostrando en su interior un pequeño trozo de pergamino que tenía grabadas dos palabras unidas por una raya roja. Aquellas palabras eran «Seúl-Fusán».

—Está bien claro —explicó Charles—, este chisme ha pertenecido a «Los Esclavos de la Libertad»; es una contraseña para cuando las fuerzas invasoras lleguen al Sur: Fusán es el punto de llegada.

—¿Y lo lograrán?

—Para evitarlo estamos nosotros aquí.

Ruth, impulsiva y voluntariosa, intentó hacer varias preguntas, pero Charles repuso:

—Hablemos de otra cosa porque en estos momentos la patria peligra y la paz universal está amenazada. Son muchos los cuervos que revolotean buscando carroña; tal vez no me comprenda, pero la suerte del mundo depende de muy poca cosa y una simple chispa puede provocar el incendio.

Hizo una pausa y su mano acarició las de Ruth, que no se opuso; se sentía dominada por aquel hombre extraordinario que tan bien sabía puntualizar los conceptos.

—¿De qué quería hablar? —pregunto ella.

—Usted sabe algo de la ciudad prohibida, pues varias veces le ha telefoneado «Crisantemo» y además conoce las leyendas que circulan sobre aquella fortaleza.

—Poco puedo decir; sólo sé, y de esto estoy segura, que «Crisantemo» representa a la parte sana del pueblo coreano. Es una mujer inteligente que ha sacrificado su inmensa fortuna en defensa de los humildes; es hermosa, yo sólo la vi una vez y puedo asegurarle que se trata de una verdadera belleza.

—¿Y qué pasará si yo voy a esa ciudad?

—En eso «Crisantemo» es inflexible y no tolera la entrada de

extranjeros en su ciudadela.

—¿Usted cree que estarán allí los dos cartógrafos?

—Es muy posible, pero si estuvieran nada tienen que temer, porque su condición de hombres de ciencia les protege.

Charles se levantó, diciendo:

—Con su permiso voy a enviar un radiograma.

En uno de los salones de la Embajada había una emisora que diariamente recibía noticias de Washington. Se sentó en el butacón y manipuló buscando la onda. Aquella radio estaba interceptada por la del templo del Dragón. Después de varias tentativas consiguió escuchar la voz del locutor de una base naval lejana; era la misma en la que había aterrizado con Toby. Dióse a conocer y el oficial jefe se puso al micrófono lleno de curiosidad; pero Charles era parco en palabras cuando éstas resultaban inútiles; por eso fue derecho al asunto, diciendo:

—Oiga, capitán: necesito con toda urgencia un helicóptero; no, no me pregunte nada, se trata de un golpe que tengo preparado y que en caso de fracasar podría costarme la vida; no, Toby no está conmigo y precisamente su desaparición es el motivo de esta audaz tentativa. Me alojo en el hotel Yumata.

La voz del capitán llegó serena y pausada:

—Escuche, Charles: es inútil que trate de ocultarme nada, pues conozco todas sus andanzas y sé muy bien lo que pretende, pero tenga cuidado; la ciudad prohibida suele ser una cárcel para muchos, de todas formas expondremos ese aparato y las vidas de ustedes dos; debo advertirle, por si no lo sabe, que el jefe de la ciudad misteriosa es una mujer y está de nuestra parte; pero quiere llevar adelante la liberación de su patria sin apoyo extranjero. Más tarde le enviaré un radiograma cifrado con la clave del

F. B. I.,

al cual me honro en pertenecer.

—Le felicito, capitán; es un honor digno de ostentar.

—Dentro de un momento enviaré el helicóptero.

La comunicación quedó cortada y Charles salió a la calle marchando directamente al hotel, donde se cambió de ropa.

Iba a emprender una de las acciones más audaces y que podía costarle muy caro. Intentaba nada menos que aterrizar de noche con el helicóptero en la ciudad amurallada, y no dejaría de ser oído

por los numerosos centinelas que defendían las murallas.

Cuando Charles salió del hotel numerosos nubarrones cubrían el cielo con un toldo gris. Caminó unos pasos y de pronto se dio cuenta de que unos individuos le iban siguiendo por la derecha y a cierta distancia, pero lo que aquellos sujetos ignoraban era que desde hacía algunos días Charles contaba con una escolta que le seguía a todas partes y el jefe de ella era Wanker, el contraamaestre de la Infantería de Marina.

Charles no se dio cuenta de que era seguido hasta que tuvo el peligro encima. De entre la arboleda brotó un fogonazo y el autor del disparo fue el más sorprendido al recibir un balazo en el brazo derecho.

Los dos grupos se acometieron con fiera saña y el tiroteo se prolongó un buen rato. Charles hizo prodigios de valor, pero hubiera sucumbido, porque «Los Esclavos de la Libertad» eran mucho más numerosos.

Afortunadamente, el hotel Yumata era el más importante de la ciudad y en él se alojaban varios jefes de distintas nacionalidades, y debido a esto siempre había una guardia de prevención.

Al sentir los disparos salieron varios soldados turcos e ingleses, emprendiendo la persecución de los fugitivos que corrían como gamos. No fueron muy lejos, sin embargo; en las primeras casuchas de los arrabales se parapetaron, abriendo un fuego de muerte sobre sus perseguidores. Esta lucha en las calles trajo como consecuencia la aparición de nuevos grupos patrulleros que formaron juntos en la misma barricada.

De techos y ventanas partían disparos; la chusma se unía a los descamisados y todos luchaban por un ideal que desconocían.

De pronto una de aquellas viejas moradas cargadas de años y de mugre empezó a echar humo por todas partes y bien pronto las llamas la envolvieron, formando un enorme brasero. Los que salían huyendo eran cazados a tiros.

De pronto apareció un tanque, pero su presencia ya no era necesaria. «Los Esclavos de la Libertad» habían abandonado el campo de lucha, dejando tras de sí humo, sangre y lágrimas.

Charles llegó a Corea en la peor época; no había guerra, pero tampoco existía la paz y las calles presentaban un aspecto desolador, con los árboles desgajados, los cristales rotos y huellas de

destrucción por todas partes; debido a esto tuvo que describir la página más gloriosa de su vida en honor del
F. B. I.

Lo que ocurrió desde entonces bastaría para llenar muchas novelas; perseguido a muerte por «Los Esclavos de la Libertad», luchó sin desmayo hora tras hora hasta lograr la victoria, pero no una victoria pasajera sino un triunfo que había de durar hasta la declaración de guerra.

Charles iba a regresar al hotel cuando sintió ruido de alas. Miró a lo alto; un pajarraco muy feo acababa de aparecer rozando las copas de los árboles.

¡Era el helicóptero!

Aterrizó con la suavidad de un cisne y el piloto salió al encuentro de Charles. Se conocían por haber sido compañeros de estudios en la Academia de Quantico.

—Pero ¿eres tú, Harry?

—Ya ves que soy el mismo; según el comandante de la base naval, tengo que ponerme a tus órdenes.

Se abrazaron con esa cordialidad de los camaradas que vuelven a verse después de larga ausencia.

—¿Qué tal el pajarraco? —preguntó Charles, señalando el helicóptero.

—De primera; tiene un motor especial y está construido para recorrer grandes distancias; sólo cuenta con dos asientos, pero puede llevar carga; y, a todo esto, ¿adónde vamos?

—Ahora a comer, que ya es hora, y mientras tanto hablaremos de nuestros planes futuros.

Cuatro soldados, armados con bayoneta calada, quedaron al cuidado del aparato, mientras los dos amigos se dirigían al hotel.

Es de noche y la luna se ha ocultado. Hay en el espacio una vibración extraña que parece cabalgar en el silencio; el pájaro monstruoso de alas de acero navega por las alturas con las luces apagadas.

A lo lejos una claridad parece salir del fondo del Océano: es la ciudad prohibida, cuyos contornos siguen ocultos por las murallas.

El piloto ha podido orientarse gracias a las explicaciones de Charles.

El aparato se eleva hasta colocarse a considerable altura; desde aquella distancia las casas parecen colmenas.

—Llegó el momento —dice Charles—; hemos de descender; procura aterrizar en uno de los barrios más oscuros de la ciudad.

—Me pregunto cómo saldremos después.

El helicóptero empezó a descender. Semejaba un enorme tirabuzón perforando el espacio. Bajaba con la suavidad de un pájaro cansado. Las luces se iban acercando y las casas tomaban forma; la misteriosa ciudad se ofrecía con fotos sus encantos como una joya escondida.

El aparato tomó tierra silenciosamente, y apenas lo había hecho, un chorro de luz cayó sobre ellos.

Charles empuñó su ametralladora; pero se contuvo al escuchar la voz de Harry que le decía:

—¿Qué vas a hacer, loco? ¿No ves que son más de treinta?

Una voz que quería ser amable llegó hasta ellos. Era la voz del jefe de la patrulla, que le decía:

—Bienvenidos a la ciudad de los hombres libres; les estábamos aguardando hace días, desde que llegó su amigo Toby.

Obligados a dejar el aparato en manos de sus captores, fueron conducidos a una especie de palacete, donde iban a ser interrogados por «Crisantemo».

Charles se admiró de aquella riqueza, de aquel boato, de aquella esplendidez; allí estaban reunidos el lujo y el buen gusto. Estatuas, jarrones, tapices de Damasco, ricas alfombras y una variedad maravillosa de espejos.

En unas vitrinas se guardaban raras especies de animales disecados. Al fondo, sobre una escalinata de mármol jaspeado, caían unos gruesos cortinones que ocultaban sin duda un paso.

Charles consultó a su amigo con la mirada. Lo más raro del caso era que le habían dejado sus armas, como si en realidad no le dieran importancia a una ametralladora más o menos.

—¿Qué opinas tú de todo esto, Harry?

—Nada, chico; estoy creyendo vivir una escena de «Las Mil y una Noches», porque esto más que real, es fabuloso; ves hombres cubiertos de pieles, de rostros curtidos y ademanes fieros rendir homenaje a una mujer y prestarle obediencia ciega y, sin embargo, nos hallamos en un palacio pletórico de riquezas incalculables.

—¿Sabes que tardan bastante en recibirnos?

—Sin embargo, estamos vigilados: acabo de ver los cañones de unos fusiles.

De pronto se descorrieron los cortinones y apareció ella, esbelta, agraciada, elegante, perfecta... ¡Allí estaba «Crisantemo», la mujer temida por las hordas! Allí estaba la reina del valle, capitana de los guerrilleros de la montaña.

Descendió los tres escalones y se acercó a sus prisioneros. En una de las puertas acababa de aparecer un grupo de hombres armados. Ella extendió el brazo y, señalando a Harry, ordenó:

—Llevalle y le atenderéis lo mejor posible, que no le falte nada —y viendo la indecisión marcada en el rostro de sus hombres, repitió, alzando la voz—: ¡Obedeced!

Harry, al salir, dirigió una mirada interrogativa a su compañero, el cual se limitó a encogerse de hombros.

«Crisantemo» se acercó a un «gong» y le golpeó fuertemente.

Apareció un negro de gran estatura que se inclinó reverente ante ella.

—Omar: que nadie me moleste.

El negro se fue a colocar, cruzado de brazos, delante de la puerta.

—Vaya, ya era hora que volviésemos a vernos —dijo ella con una seductora sonrisa—, yo, al menos, siempre lo esperaba, nunca pude olvidar lo bien que se portó conmigo en la estación al defenderme contra el del Manchuko.

Fueron a sentarse en una otomana y durante un buen rato estuvieron hablando de cosas insustanciales, hasta que de pronto dijo ella:

—Estoy tratando de hallar una solución pacífica al caos que amenaza a mi desdichado país; por eso, muchas veces rehuyó combatir y muchos creen que es temor. La intervención extranjera nos será fatal, porque ustedes poseen armas de gran potencia y terminarán por destruir nuestros más bellos monumentos; victoriosos o vencidos siempre saldremos perdiendo. Yo soy descendiente de los Wang, gloriosos fundadores de Corea; tengo, por lo tanto, un derecho a defender este suelo con alma y vida.

Charles la escuchó en silencio; sabía que tenía razón, pero había algo que él debía aclarar; por eso replicó:

—Las luchas intestinas en un país debían ser respetadas, pero no lo son; si nosotros nos retiramos de la línea de fuego, otros vendrán a combatir contra ustedes.

—Eso sucederá tarde o temprano sin que nadie pueda evitarlo. La sombra de Confucio ya no consigue despertar las viejas leyendas que se van borrando poco a poco. Algún día millares de hombres invadirán nuestro suelo y esta tierra pródiga y generosa se regará con la sangre de los vencidos; es posible que vuestros cañones consigan frenar las utópicas aspiraciones del enemigo; tal vez cuando el cielo coreano se cubra con las alas de los pájaros de acero de las naciones amigas, seamos los más fuertes, pero mientras tanto hemos de contar con nuestros propios medios.

«Crisantemo» estaba encantadora; era en verdad una mujer hechicera y dominadora y sólo un hombre como Charles podía resistir su fascinación.

Se levantaron, y ella, cogiéndole del brazo, le dijo:

—Voy a enseñarte lo que puede la voluntad de un pueblo.

Salieron a la plazoleta, iluminada por lámparas de barro. Al pie de cada una se veía un centinela con el arma al brazo.

Más allá se levantaba una especie de catafalco de madera bastante alto, en cuyo techo giraba una veleta.

«Crisantemo» hizo una señal y varios focos de luz iluminaron la plazoleta; sonó una campana y poco después numerosas columnas de soldados desfilaron ante ella. Todos iban bien armados y marchaban marcialmente. Había allí un verdadero ejército. La bandera de Corea flameaba ahora sobre el catafalco, del que partían los chorros de luz.

Toda aquella tropa fue desapareciendo en los edificios destinados a cuarteles.

—Ésta es —dijo ella— la razón que puede convencer a los que tratan de convertir a Corea en un mercado infamante y vergonzoso. Toda mi fortuna está aquí en esta ciudad donde aún flota protectora la sombra de Confucio.

Al decir aquellas palabras se apagaron los poderosos reflectores que iluminaban la plazoleta y entonces ella, volviendo a apoyarse en su brazo, le condujo al salón de los ídolos.

—Eres muy guapa —dijo de pronto Charles.

—Es la primera frase bonita que te oigo; te advierto que no me

hago grandes ilusiones contigo, aunque me hubiera agradado tenerte a mi lado, pero ya sé que la hija del embajador llegó primero.

—No hablemos de eso; yo, al venir a esta ciudad vedada a los extranjeros, traía un propósito determinado.

—Lo sé: rescatar a tu amigo Toby.

—No eso precisamente; hace algún tiempo desaparecieron dos cartógrafos que pertenecen al grupo de hombres de ciencia de mi país. Sé que están aquí y he venido a buscarlos.

—Como cartógrafos nunca me interesaron esos hombres, pero, en cambio, pueden ser muy útiles si descubren la potencialidad y eficacia de las minas magnéticas. Puedes estar tranquilo; esos hombres se encuentran en lugar seguro y muy bien atendidos; también ellos saben que en nuestro campo luchan por la fe, la tradición y la seguridad de los oprimidos cuya libertad lograremos a fuerza de sacrificios.

Charles, hombre duro, acostumbrado a enfrentarse con las tormentas de la vida, admiró a «Crisantemo»; no era una mujer; era la heroína cargada de historia a la que seguían millares de hombres; la ciudad parecía dormida, pero algunas luces parpadeaban entre las sombras inciertas de los viejos edificios, negras siluetas borrosas y amenazadoras.

—Eres admirable —dijo Charles sin poderse contener, abrazando a la hermosa reina de los guerrilleros.

En aquel momento sonó un tiro lejano, luego, otro y otro; y por la parte norte se generalizó el tiroteo.

—¿Qué pasa? —preguntó Charles.

—Nos atacan.

Sonó la campana y la ciudad se llenó de hombres armados.

—¿Qué dices a esto? —interrogó ella.

—Pienso que la sombra de Confucio aún impera en este valle.

VIII

EL CASTIGO DE LOS TRAIDORES



empezó a circular por las filas. A palabra traición

La fortaleza era inexpugnable a causa de sus altas murallas; veinte puertas tenía la ciudad y todas ellas cerradas.

Desde el principio se vio claramente el origen de la estratagema; «Los Esclavos de la Libertad» atacaban por el Norte para distraer fuerzas, mientras un grupo numeroso franqueaba una de las puertas del Sur. La traición estaba clara; alguien había dado paso al enemigo.

Charles fue el primero en darse cuenta de lo que ocurría y corrió solicitando ayuda a la parte invadida.

Bajo su experta dirección se alinearon las guerrillas y rodilla en tierra ofrecieron un muro al enemigo.

A los primeros disparos retrocedieron los atacantes, porque no esperaban aquella feroz resistencia. Se entablaron combates cuerpo a cuerpo, y toda la ciudad reunida pareció estremecerse bajo los disparos. Los reflectores iluminaron calles y plazas y empezó la persecución del enemigo que había logrado filtrarse.

Una hora después, la ciudad estaba limpia de invasores.

«Crisantemo» reunió poco después a su Estado Mayor, asistiendo a la reunión, además de Charles, Toby y Harry.

—Amigos —dijo ella—: el peligro ha pasado, pero el traidor queda entre nosotros, y es necesario localizarlo.

—La cosa —arguyó Charles— no parece tan difícil, y sólo necesitamos saber quién tenía las llaves de esa puerta.

Fue llamado el individuo encargado de la vigilancia de la puerta abierta al enemigo; era un individuo más bien bajo, de mirada atrevida y que vestía el uniforme de los soldados de Caballería.

A las preguntas que le hicieron respondió que la llave había desaparecido del cuerpo de guardia, en donde estaba guardada en el cajón de una mesa.

—Y ¿por qué no diste parte de lo observado? —preguntó el capitán To Kansey.

—Pensé que la tendría Kop Simandra.

Los allí reunidos se miraron, porque aquella revelación abría nuevos cauces a la indagatoria.

Acudió a presencia de sus jefes Kop Simandra, que parecía un poco acobardado.

—¿Dónde está la llave de la puerta del Silencio?

—Lo ignoro, honorable señora.

—Si me lo permiten —terció el agente del

F. B. I.

—, voy a registrarle.

«Crisantemo» autorizó con una sonrisa.

Al principio, Kop Simandra intentó resistir, pero bajo los férreos puños de Charles tuvo que someterse.

El registro fue minucioso pero aquel hombre no llevaba nada encima de importancia; sin embargo, Charles, acostumbrado a registrar a los «gángsters», verdaderos maestros en improvisar

escondrijos, no se conformó con el primer registro, y le hizo desnudar de cintura para arriba.

La mirada de Kop Simandra pareció nublarse, y el hombre retrocedió un paso. En aquel momento, Charles descubría cosido al forro de la blusa, un paquetito de papeles.

—¡Aquí está la explicación de todo! —dijo, mostrando tres billetes flamantes de mil rublos cada uno.

—¡Te has hecho pagar bien, traidor! —exclamó «Crisantemo», descargando una sonora bofetada en el rostro del miserable.

La llave no fue encontrada, y ni el mismo Kop Simandra supo dar noticia de ella, en vista de lo cual, se dispuso un cambio de cerraduras.

Con las primeras luces del amanecer, Kop Simandra era fusilado por la espalda.

¡En la ciudad prohibida también funcionaba un Código inflexible!

Durante todo aquel día, «Crisantemo» paseó con Charles, mostrándole toda la ciudad: sus depósitos de víveres, los almacenes de ropas, las armerías y todo cuanto podía tener algún interés.

Charles llevaba en la solapa una escarapela con la bandera americana, y eso sólo bastaba para que todos le saludaran a su paso.

—No veo a los cartógrafos por ninguna parte —dijo Charles.

—No están aquí: se encuentran en la costa haciendo experimentos. El día que me entregues al coronel Maskof, yo te daré a cambio a tus dos sabios.

En amable compañía pasaban las horas, discutiendo siempre del hondo y pavoroso problema internacional; pero, aunque ambos eran jóvenes y simpatizaban mutuamente, no cambiaron una sola palabra de amor, y es que ella tenía un concepto especial de las cosas. No ignoraba que Ruth era de su misma raza y, además, había llegado primero...

Mientras tanto, Harry estaba preparando su caballo con alas y Toby se disponía a montar en la «moto».

Habían acordado intervenir directamente en el Estado Mayor Central de las fuerzas opresoras. Ésa era una labor que por lo difícil y peligrosa estaba destinada al

F. B. I.

Desde América, unos ojos vigilantes seguían sobre los mapas el

desarrollo de la situación, cada vez más confusa y caótica.

Charles no ignoraba que Ly Shan era el verdadero representante de un bloque poderoso, así como el coronel resultaba ser el financiador de todos los gastos. Suprimidos esos dos pilares, el fin de la trágica conspiración no llegaría más lejos; pero en eso se equivocaba, como el tiempo lo demostró más tarde.

«Crisantemo» autorizó a Toby a marcharse; llevaba instrucciones de Charles para esperarle en el Hotel Yumata y hablar mientras tanto con el jefe de la Infantería de Marina.

La ciudad prohibida mostraba ahora, bajo un sol cansado y tristón, la gama maravillosa de su belleza; los jardines festoneaban las edificaciones, dándoles un matiz romántico; las mujeres, con sus sencillos atavíos, proclamaban su superioridad de raza. Los hombres, sentados en bancos de piedra, limpiaban sus armas, y algunos cantaban coplas de amor y de esperanza. La ciudad prohibida era una joya engarzada en historia volcando su recuerdo sobre aquellas piedras.

¡Allá, al fondo, bajo la colina sagrada, alzábase una estatua gigantesca con la mano señalando a Occidente!

Era Confucio, eterno protector de los desamparados.

El coronel Maskof estaba furioso por sus continuos fracasos. Ya no era sólo la ciudad prohibida el único obstáculo, sino que también se interponía aquel hombre venido no se sabía de dónde, y cuyas intenciones desconocía.

No confiando en Ly Shan después de tantos entorpecimientos, buscó a un hombre entre la resaca de los muelles.

Era un extranjero acostumbrado a venderse por poca cosa. El coronel le hizo vestir de pies a cabeza y le dio suficiente dinero para poder alojarse en el Hotel Yumata, que seguía siendo el más caro de la ciudad.

—Ese hombre —le explicó el coronel— ocupa la habitación número cuarenta y siete. Procura alquilar una cercana, y cualquier noche le haces una visita. El premio será cinco mil yenes. ¿No te importa que sea paisano tuyo?

—Ni poco ni mucho. Escapé de Nueva York perseguido por los esbirros de la Federal, y aquí estoy, ganándome la vida como puedo. Hasta el nombre he olvidado. Ahora me hago llamar «el Piloto».

Aquella misma tarde, Charles, deseando estar cerca de sus amigos, pidió cambiar de habitación y le dieron la 120, en el segundo piso, mientras la suya era ocupada por un personaje del Consulado de Dinamarca.

Este pequeño cambio trajo consecuencias borrascosas, y al día siguiente despertó el hotel bajo los gritos de los camareros y camareras que corrían de un lado a otro desesperadamente.

—¡Han asesinado al señor Numark!

«El Piloto», al darse cuenta de su fracaso, salió huyendo, temeroso de las consecuencias de su acto, y dio la casualidad que tratando de esconderse penetrara en el hangar donde estaba el helicóptero.

Decidido a todo, abrió el portalón, y subiendo al aparato remontó el vuelo casualmente.

—¡Mira eso! —dijo Toby, desde una ventana, señalando al autogiro.

—No irá muy lejos —respondió Charles.

Corrió a la emisora y pidió comunicación con la base naval aérea.

—Oiga, teniente: un fresco acaba de apoderarse del helicóptero y navega hacia las montañas. Conviene que mande un caza para que le dé alcance.

—Desde luego, camarada. Ahora mismo salen el caza y el cazador.

—Buena suerte.

«El Piloto» trataba de ganar altura, pero no lo conseguía con la eficacia deseada, y es que el depósito de combustible se estaba quedando vacío.

De pronto se estremeció al escuchar el ronquido de un motor. Le venían siguiendo, y no podría escapar. Se extrañó de haber sido localizado tan pronto. Conforme con su suerte, oprimió la palanca, y las aletas giraron lentamente, mientras el autogiro se posaba con la suavidad de un pájaro.

El caza vino a aterrizar a su lado, y de él descendió un hombre empuñando una pistola. «El Piloto» comprendió que no había resistencia posible, y levantó las manos antes de que se lo ordenaran.

—Buen chico. Ya veo que estás bien aleccionado.

El aviador, sin perder de vista al «gángster», hizo funcionar la radio, enviando un mensaje al Hotel Yumata en estos términos:

«Recuperado autogiro. Tengo bajo mi custodia al individuo que lo robó. Vengan por el aparato. Nos hallamos a unas trescientas yardas del templo del dragón».

El aviador era un veterano de la última guerra y había hecho toda la campaña en Guadalcanal. Se llamaba Steve Terry y estaba en posesión de varias condecoraciones.

«El Piloto» había visto algo, y aprovechó la coyuntura. Disimulando la impresión recibida, pidió, muy amable, permiso para fumar y un fósforo; pero Terry, que no se fiaba mucho de aquel tipo, le arrojó la caja de fósforos para que encendiera, mientras él seguía encañonándole con su arma.

Hubo como un estremecimiento en la tierra, y entonces Terry se volvió rápidamente, recibiendo la mayor de las sorpresas.

Estaban rodeados. De la pagoda habían salido muchos hombres, que se apoderaron de los aparatos, demostrando que sabían manejarlos.

«El Piloto» mencionó el nombre del coronel, y entonces fue atendido con toda clase de consideraciones, mientras Terry era empujado brutalmente.

La pagoda conservaba el mismo estado y la emisora había sido restaurada.

Las puertas estaban reforzadas y había ametralladoras colocadas estratégicamente. De todo esto se dio cuenta el aviador, considerando que todo aquello era un verdadero arsenal.

El mensaje de Terry fue recibido puntualmente, y poco después salía Charles, escoltado por unos cuantos marineros.

Se extrañaron mucho al no ver los aparatos en los alrededores de la pagoda.

Wanker, el contramaestre de Infantería de Marina, avanzó decidido hacia el templo del dragón.

—Ten cuidado —le advirtió Charles—; pisas tierra peligrosa.

Wanker se encogió de hombros; muchas veces había desembarcado en la isla de Borneo, luchando contra los indígenas que enarbolaban bandera enemiga. Llevaba Wanker una especie de

morral de cuero colgado al hombro, y siempre que le preguntaban su contenido respondía que eran las provisiones.

Sus acompañantes, medio ocultos por la arboleda, le aguardaron, dispuestos a intervenir, con las armas preparadas.

Era la hora en que Seúl dormía la siesta, acariciado por la brisa de la montaña Blanca, mientras los bambúes inclinaban sus lanzas, como rindiendo culto al padre sol. La circulación rodada era escasa y las calles aparecían casi desiertas. Seúl, la gran ciudad de los patriarcas, semejava una vieja aldea perdida entre las cumbres de los montes cercanos: tal era su silencio, su tranquilidad, su recogimiento, y, sin embargo, por todos los rincones vibraba el ronquido del monstruo oculto, y no lejos de allí, unos hombres se disponían a descargar su odio sobre unos extranjeros a los que no habían visto nunca.

Seúl, cuna de las maravillas, espejo de los pueblos laboriosos, asombro del mundo por sus murallas, sus puertas decoradas con dragones de piedra y aquel palacio real de donde saliera la poderosa dinastía de los Wang, y hoy recubierto por azaleas y rododendros, parecía más bien una reliquia arquitectónica de los tiempos heroicos.

El silencio seguía pesando sobre la ciudad.

Wanker se detuvo de pronto en su avance; sus oídos, acostumbrados a percibir los murmullos más tenues, le indicaron que algo se movía detrás de aquellos pedregales.

Instintivamente se arrojó al suelo en el preciso momento en que un grupo de hombres vestidos con chaquetas de cuero hacia su aparición. Sonaron varios disparos, y el contraamaestre recurrió entonces a sus «provisiones», y sacando del morral una bomba de mano la arrojó contra el grupo. Antes de que pudieran volver de su asombro, un nuevo proyectil hizo explosión a sus pies.

Volaron por el aire piedras y raíces cubiertas de sangre, y mientras tanto, el contraamaestre seguía enviando la muerte sin vacilaciones.

Cuando regresó al lado de Charles, éste le dijo:

—No esperaba que tus «provisiones» fuesen tan eficaces.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó un marinero.

—Rescatar los aviones a cualquier precio.

—En ese caso, pediremos refuerzos.

Un pequeño heliógrafo fue colocado sobre una piedra, y Wanker, que era hombre de recursos, empezó a transmitir las tres letras simbólicas:

«S. O. S.».

No tardaron en aparecer varios soldados de la Concesión inglesa, mandados por un sargento de largos bigotes.

Sumaban en total treinta hombres. No eran muchos, pero, bien distribuidos, podían dar qué hacer.

Charles se puso al frente de las fuerzas, disponiendo un ataque combinado por dos extremos.

Ya la luz crepuscular teñía de tonalidades escarlata el firmamento, y las sombras de la noche avanzaban, cabalgando en sus invisibles Pegasos. Había en el ambiente un rumor de alas y el suelo se estremecía bajo las pisadas de los conquistadores.

Los soldados lograron coronar una loma defendida por varios picachos, y una vez en ella, aguardaron la señal de avance, que no tardaría en llegar, porque ya Charles y los suyos se aproximaban por el otro lado.

Toda la intención de Charles era apoderarse de aquellos dos grandes culpables que se llamaban Ly Shan y el coronel Maskof, que iban regando de sangre la tierra irredenta de Chao Sieu (serenidad de la mañana), nombre primitivo de la actual Corea.

Charles, agazapado, permaneció con sus hombres hasta que la luz vespertina desapareció y las sombras poblaron el valle; entonces dispuso el avance y lanzó una bengala, señal convenida con los ingleses.

Cuando las chispas se apagaron en el espacio, aquellos hombres se movieron buscando la entrada.

En el interior, Ly Shan trataba de organizar a sus indisciplinadas huestes; pero aquella soldadesca soez y bárbara sólo pensaba en emborracharse y en robar; eran hombres reclutados en varias fronteras, sin patria ni ideal alguno, pero Ly Shan sabía cómo dominarlos, por eso les dijo:

—Estamos sitiados, y aunque seguimos siendo los más fuertes, no debemos confiarnos, y si queremos salvar la vida hemos de atacar antes que nos ataquen.

—Que lo hagan si se atreven, que aquí les esperamos —dijo un malayo de poderosa musculatura, que parecía un pirata.

Apenas había pronunciado aquellas palabras, cuando sonó un disparo y el hombre cayó aparatosamente, lanzando una maldición.

Aquel disparo provocó un revuelo general y las detonaciones llenaron con sus ecos los ámbitos de la pagoda, estremecida por fuerzas invasoras que no pertenecían a las doctrinas que en aquel templo se propagaron.

Wanker utilizó su última bomba de mano contra el gran farol que iluminaba el recinto.

Los blancos descendieron como una avalancha, demostrando que eran buenos soldados; manejando la bayoneta, abrieron brecha y el enemigo, aterrorizado por aquel ataque, buscó la salida.

Charles, llevando su automática, saltó por encima de varios cadáveres, buscando a Ly Shan, pero éste había desaparecido.

Dueños del terreno los atacantes, hicieron algunos prisioneros y poco después sacaban al exterior los aparatos.

La pequeña cabalgata llegó a la ciudad envuelta en las sombras de una noche misteriosa.

Terry, terminada su misión, regresó a la base, y lo mismo hizo Harry, piloto del autogiro.

Era ya muy tarde cuando Charles penetró en el hotel y se encontró con un radiograma concebido en los siguientes términos:

«Estado Mayor del

F. B. I.

lamenta no tener noticias tuyas después de tanto tiempo. Seguimos desconociendo el paradero de Jack McGuire y Jorge Lowe, cuya presencia es necesaria en los laboratorios de Michigan City. Exigimos noticias urgentes. Sabemos el estado de desorden en que se halla esa ciudad, pero ya se encargarán los aviones de sembrar la paz. Conteste enseguida. —Firmado: *Rusell*, comandante del Servicio Exterior».

Charles se apresuró a responder. Ambos despachos estaban escritos en clave:

«Imposible dar detalles por radio; son demasiado numerosas e importantes las cosas que pasan, y que

están ligadas con la paz mundial. Envío despacho cifrado por avión. —Firmado, *Charles Duncan*».

Desde aquel momento ya no tuvo un instante de sosiego; su mayor empeño era capturar al coronel, verdadero artífice del estado caótico que envolvía a la ciudad de las pagodas, víctima propiciatoria de sus criminales intrigas.

El coronel Maskof se alojaba en un moderno chalet situado en el barrio industrial, y que pertenecía a un súbdito filipino.

Maskof tenía miedo; es decir, empezaba a tenerlo, porque había reconocido las cualidades de luchador que adornaban a Charles. Se hallaba sentado tras de una mesa cuando apareció Ly Shan, seguido del «Piloto».

Al verlos, los ojos del coronel llamearon, y con voz terrible exclamó furioso:

—¿De manera que hemos vuelto a fracasar?

—La culpa no fue mía —respondió Ly Shan—. Este hombre equivocó mis instrucciones.

—No volverá a ocurrir —dijo el coronel, mirando al «Piloto» con una mirada fría como la de una cobra, y al decir esto, desenfundó una pistola y le puso el silenciador.

«El Piloto», aterrorizado, dio un salto, diciendo:

—¡Eh! ¿Qué va a hacer?

—Los hombres como tú no tienen derecho a equivocarse —y al decir esto disparó tres veces consecutivas contra él. Los disparos no se percibieron; apenas un simple taponazo y un cuerpo que cae.

—Bueno, jefe —exclamó Ly Shan, asustado—. ¿Qué hacemos ahora con «esto»?

—No te preocupes: yo siempre hago las cosas completas.

Abrió un viejo cofre y de él extrajo un manchado y arrugado uniforme de marino. La gorra llevaba un nombre: «Lepant».

Aquella noche arrojaron el cadáver del «Piloto» al canalillo, y la Policía lo descubrió a la mañana siguiente. Fue Toby quien comunicó la noticia a Charles, y éste se personó en el depósito, reconociendo al muerto.

—¿Le conocía usted? —preguntó el doctor.

—No —mintió Charles—; no le había visto en mi vida.

—Tiene tres balazos en el pecho; tan cerca uno de otro, que

parecen uno solo.

Al salir, Charles murmuraba:

—Ésta es obra de ese fatídico coronel.

Las calles empezaban a animarse. Carros cargados de frutos llegaban de las afueras y los mercados se iban poblando de activos vendedores.

Seúl, la magnífica, parecía rejuvenecida bajo el contraste de los trajes rurales, que armonizaban con la policromía de las fachadas, cubiertas de floridas trepadoras.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

IX

EL BRAZO DE LA LEY



AS escaramuzas entre «Los Esclavos de la Libertad» y las huestes de «Crisantemo» cesaron de pronto, convirtiendo aquel campo de lucha en un silencioso paraíso.

¿Qué había pasado? Simplemente, que los mercenarios del coronel dejaron de recibir sus pagas, y eso fue tanto como una orden de alto el fuego.

Sin embargo, «Crisantemo» vigilaba.

Seúl, cuna de hombres ilustres, atravesaba momentos críticos; en las Embajadas se veían continuamente fuertes grupos armados. Reinaba la desconfianza. La labor de zapa del coronel desconcertó a

todos. Él había venido dispuesto a provocar una guerra civil, porque en el río revuelto hallaría ventajas considerables; pero también en esto se equivocó, toda vez que los representantes extranjeros, puestos de acuerdo, no quisieron intervenir, suponiendo un acierto que aquellas luchas intestinas seguían siendo inofensivas.

Charles pensaba de otro modo. Para él, todo aquel tinglado había sido levantado con una sola finalidad: la de provocar dificultades al Gobierno de la nación.

Desde aquel día se dedicó en cuerpo y alma a perseguir al coronel, al que seguía considerando la piedra de toque de aquel desagradable asunto.

Su propósito era intervenir directamente sin la colaboración de las autoridades locales, toda vez que aquel asunto correspondía por entero al

F. B. I.;

pero otros pensaban de modo diferente, y se lo iban a demostrar bien pronto.

Aquella tarde salió en el coche de la Embajada; iba al volante Toby. El propósito de Charles era recorrer los barrios fabriles, donde sabía que el coronel contaba con bastantes partidarios.

Toby dejó el coche junto a un viejo molino abandonado, cerró la portezuela con llave y siguió a Charles. El coche era un «sedán» azul de cuatro plazas provisto de radiotelefonía.

Apenas Charles hubo desaparecido, cuando dos sujetos mal encarados se acercaron al coche y uno de ellos empezó a manipular en la cerradura.

—No pierdas tiempo —le dijo el otro—; esto se arregla así...

Y recogiendo del suelo una piedra rompió el cristal, y acto seguido dejó caer en el interior del coche un cartucho; hecho lo cual, huyeron apresuradamente.

Una explosión formidable conmovió el silencio del barrio. Las fábricas y talleres estaban cerrados por un decreto de huelga llegado aquella noche.

El coche saltó en pedazos, y muchos curiosos corrieron, deseosos de presenciar lo ocurrido.

Charles y Toby, al sentir la explosión, dieron la vuelta, y al ver la columna de humo que taponaba la calle acudieron rápidamente, pistola en mano.

—¡Por allí van! —dijo uno, señalando la dirección seguida por los dinamiteros.

No iban lejos, y Charles, que sabía correr como un gamo cuando era necesario, no tardó en alcanzarlos.

—¡Deténganse, o hago fuego!

La orden no fue tenida en cuenta, y los «gángsters» siguieron corriendo. Charles, entonces, hizo fuego; uno de ellos dio una voltereta y cayó de cara al suelo, pero no tardó en levantarse, y tanto él como su compañero contestaron a los disparos.

Eran poca cosa aquellas dos ratas de cloaca, y bien pronto comprendieron el error de su torpe resistencia, porque las balas se clavaron en sus cuerpos y cayeron envueltos en la mortaja de oro de un sol de fuego.

Charles se acercó al grupo de curiosos y les dijo:

—Podéis avisar a la Comisaría del distrito para que recojan los cadáveres, y si tienen alguna reclamación que hacer, que acudan a la Embajada americana.

Tanto él como Toby se marcharon a buen paso, y apenas lo habían hecho, apareció un coche «Rouge Derby» y de él descendió el coronel, que, abriéndose paso, les dijo a los curiosos:

—No es necesario que os molestéis. Conocía a estos hombres —y señaló los cadáveres—; yo me encargo de ellos.

Y antes de que nadie tratara de impedirlo colocó en el coche a los dos muertos, subió al «baquet» y puso el coche en movimiento.

—¡Eh! ¡Oiga, amigo...!

Pero ya el coche se perdía en una curva del camino.

En aquel momento se acercaba una patrulla de Policía coreana, cuyo jefe empezó a formular preguntas y más preguntas; pero nadie sabía nada, nadie había visto nada; sólo hubo uno que dijo que el coche destrozado pertenecía a la Embajada americana.

La Policía efectuó varias detenciones, y poco después se cursaban las órdenes de captura contra el tripulante de aquel coche.

Entre tanto, Charles recibía la visita de un niño coreano, que dijo haber visto al coronel.

Le vio penetrar en una finca rodeada de arboleda y descargar la fúnebre mercancía.

Aquella era una buena ocasión para echarle el guante, pero en realidad ignoraba la situación exacta de aquella casa.

Llamó a Toby y le consultó sobre lo que acababa de oír, agregando:

—Ahora recuerdo que cerca de la casa se veía un madero indicador con este nombre: «Whose Lang».

—Eso está en el barrio de los mercaderes.

—Pues tenemos que ir.

La conversación cesó, y empezaron los preparativos.

La voladura del coche había producido gran revuelo en las Embajadas, y la mayoría de los representantes consulares tomaron decisiones enérgicas.

Numerosos grupos de hombres armados corrían a quitarse en la Montaña Blanca al ver los carros blindados cruzando las calles de Seúl. El momento temido había llegado, y de la ciudad prohibida salieron varias patrullas a ofrecer sus servicios al Gobierno.

Charles acababa de levantarse de la mesa cuando recibió una llamada por teléfono. Era ella, «Crisantemo», que le anunciaba una gran noticia.

—Sí; dentro de unos minutos llegarán al hotel, debidamente escoltados para que no se pierdan. Ya ve usted cómo yo cumplo mi palabra; ahora espero que usted cumpla la suya.

Colgó el auricular, y media hora después llegaban al hotel los dos cartógrafos, escoltados por un grupo de hombres de la ciudad prohibida.

Charles no quiso perder tiempo, y acto seguido buscó un coche y condujo a los hombres de ciencia a la base naval aérea, en donde poco después eran embarcados en un bombardero que partió rumbo a América.

La misión principal quedaba terminada, y una vez más el F. B. I.

se coronaba con los laureles del triunfador.

Otro en su lugar, hubiera podido marcharse, dando su misión por terminada; pero él era hombre que sabía hacer honor a su palabra, y había prometido la entrega del coronel Maskof, y estaba dispuesto a llevarla a cabo.

Aquella noche, él y Toby se internaron por las huertas, buscando la casa rodeada de árboles.

Toby llevaba una linterna eléctrica, y con ella alcanzó a

descifrar el nombre de la calle Whose Lang. No le fue difícil encontrar la casa. Un candil de barro daba una luz amarillenta a la entrada.

Deslizándose con la mayor suavidad, penetraron en el vestíbulo. Iban armados con pequeñas pistolas. Las sombras les envolvían. El silencio era opresor. Avanzaron de puntillas, apoyándose en las paredes, y fueron a desembocar en un salón desprovisto de muebles, en donde se detuvieron asombrados.

Sobre los catafalcos, y alumbrados por dos extraños faroles, estaban los dos muertos que horas antes hicieron volar el coche.

—El lugar —dijo Toby— no es muy alegre.

En aquel momento, una intensa claridad iluminó el salón. Al darse vuelta vieron al coronel, acompañado por media docena de hombres armados.

—Buenas noches, caballeros —habló el coronel con voz burlona, contemplándolos, con infinito desprecio—. La suerte ha querido que volvamos a vernos.

Y dirigiéndose a sus esbirros ordenó:

—¡Desarmadlos!

Los dos prisioneros fueron conducidos al piso superior y encerrados en una habitación después de atarlos de pies y manos.

—Mañana temprano seréis conducidos a la necrópolis vieja, en donde recibiréis sepultura al lado de vuestras víctimas.

Antes de marcharse acercóse a Charles, diciéndole en voz baja:

—El

F. B. I.

también suele perder.

Y dando un portazo salió.

—Me parece que hemos patinado —dijo Toby.

—Aún no está todo perdido.

Toby se acercó a su amigo arrastrándose y se colocó de espaldas. Las manos empezaron a manipular, pero las ligaduras estaban hechas a conciencia, y les costó mucho trabajo poder desligarse. Al fin lo consiguieron. Libres de las ataduras, buscaron una salida. Imposible; la puerta estaba cerrada con llave, y sólo había una ventana, pero a demasiada altura para poder bajar por allí.

—No hay escapatoria —dijo Toby, encogiéndose de hombros.

—Pronto te desanimas. Cuando no se puede bajar, se sube.

—No te comprendo.

—Sígueme.

Charles, aprovechando el caño de desagüe, empezó a subir con la agilidad de un simio; pero Toby, que era más pesado, estuvo a punto de caer varias veces.

Consiguieron alcanzar una terracita, en la que hallaron una escalera que conducía al jardín.

—Vaya —murmuró Toby—, hubo suerte.

—No cantes victoria todavía.

Al pisar el sendero enarenado vieron de pronto la confusa silueta de un hombre que les salía al paso.

Charles no le dejó acercarse, y de un formidable directo en la mandíbula lo mandó al país de los sueños, lo que aprovechó Toby para apoderarse de su pistola.

Aunque procedieron silenciosamente, sus andanzas no pasaron inadvertidas, y empezaron a salir hombres armados dando voces.

Uno de ellos salía llevando un farol, con el que iluminó una parte del jardín.

—¡No los dejéis escapar! —gritó el coronel, con voz de trueno—. No pueden estar lejos.

En verdad que la situación de Charles y su compañero era bastante comprometida. Se habían ocultado entre unos macizos, pero no tardarían en dar con ellos.

De pronto, Toby tuvo una idea luminosa, una de esas ideas salvadoras que aparecen de improviso cuando menos se las espera.

Cerca de donde estaban había una cisterna medio oculta con los helechos, y Toby invitó a su amigo a descender; al menos, allí no serían vistos.

La cisterna era un pozo antiquísimo abierto en las rocas, y de trecho en trecho habían clavado en la pared unos hierros curvados en forma de escalones; por eso no les fue difícil bajar.

Se hallaron en un túnel bastante amplio, y gracias a la linterna eléctrica que Charles conservaba pudieron orientarse.

Ante ellos se abrían tres sendas que se perdían en aquel mundo de sombras.

Siguieron por el camino del centro, y bien pronto se hallaron en una rotonda provista de varios escalones.

Fue grande la sorpresa de los dos amigos al encontrarse de

pronto en el templo del dragón. Aquel paso secreto era la salida de escape de los conjurados.

Horas después, y cuando ya las luces de la aurora blanqueaban el horizonte, Charles penetraba en la Comisaría del distrito, denunciando la presencia del coronel en la casa de los helechos.

—Se trata —explicó— de un peligroso conspirador a sueldo de un país extranjero. Yo podría detenerlo auxiliado por la Infantería de Marina de mi país, pero no quiero mezclarme en esto. Esa captura ha de ser llevada en secreto. Les advierto a ustedes que el coronel Maskof no está solo: le acompañan hombres armados de la peor catadura.

—Será mejor que venga con nosotros —dijo el oficial.

—Está bien; iré. Tú, Toby, espérame en el hotel.

Al acercarse a la casa de los helechos, como Charles la había bautizado, vieron a un hombrecillo de barbilla puntiaguda embutido en una «sanadryna» (especie de blusa larga de procedencia tártara). Aquel tipo era pequeño y delgado, y Charles no recordaba haberlo visto en su vida; desde luego, era una ridícula imitación de Mefistófeles.

Al ver acercarse a la autoridad abrió la cancela de hierro y con una exagerada reverencia se inclinó ante sus visitantes. Sus ojillos chispearon malignos al percibir a Charles.

—Bienvenidos, honorables señores, a esta mísera casa. ¿En qué puedo servirles?

—¿Dónde están los otros? —preguntó el oficial.

—Estoy solo, ilustre señor. Me acompaña únicamente mi viejo criado Chau Flu.

—Ahora lo veremos —y lo apartó a un lado, penetrando en la casa.

El edificio fue registrado desde las tejas a los cimientos. Nada quedó por ver; pero la casa estaba desierta.

No hallaron armas ni cosa alguna que dieran a entender la verdad de los razonamientos de Charles.

Ya estaba el sol alto, y su luz dorada introducía sus flechas de oro entre los macizos; cantaban los pajarillos en la enramada y todo era luz y alegría.

El oficial se paró frente a Charles, diciendo:

—¿Y bien? Parece que sus informes no son muy exactos.

—Estoy seguro de lo que digo. En ese aposento estaban los dos muertos, y nosotros fuimos conducidos al piso de arriba. Como usted ve —agregó, señalando a la ventana—, el tubo de conducción de agua sólo llega hasta allí; después baja por el interior de la pared. Nosotros subimos hasta la terraza y bajamos por aquella escalerilla.

—Bien. Pero eso no nos aclara el error.

—Yo puedo hacerlo. Vengan conmigo.

Los condujo hasta la cisterna, y señalando dijo:

—Miren eso. Es un paso secreto.

Al decir estas palabras, Charles se asomó al brocal, y retrocedió un paso, dando un grito de asombro.

¡La cisterna se hallaba inundada!

Los ojillos satánicos del hombre de la barbilla parecieron sonreír con sonrisa maligna.

Se frotó las manos y sus dedos sonaron como cáscaras de nueces.

El oficial dio por terminada la investigación por falta de pruebas.

Al salir a la calle dijo a Charles:

—Me parece, amigo, que ha sufrido usted una lamentable equivocación.

—Le demostraré lo contrario antes de veinticuatro horas.

Aquella misma tarde, Charles visitó a Ruth, la cual tenía dos importantes noticias que darle: una de ellas era que dentro de unos días partían para América. Su padre había sido llamado para desempeñar un alto cargo en el Instituto de Ciencias Químicas.

—Estoy disgustada —dijo ella—, porque ya me había acostumbrado a este ambiente. La otra noticia es que telefoneó nuestra amiga «Crisantemo», diciendo que «Los Esclavos de la Libertad» piensan asestar un golpe de muerte.

Durante un buen rato permanecieron hablando de sus cosas y haciendo planes para el mañana. Se verían en Nueva York dentro de pocos días, y podían olvidar las mortificantes preocupaciones.

Pasearon por el jardín cogidos del brazo. En una de las ventanas, el embajador sonreía satisfecho.

Por entre el ramaje de un castaño del Cáucaso asomaban los ojos malignos de un hombre en cuya diestra oprimía un puñal malayo.

Ellos fueron a sentarse en un banco. El silencio se adueñó del

jardín y en las vibraciones de las hojas movidas por la brisa pareció flotar una canción de amarga melancolía.

La muerte seguía rondando cerca de la feliz pareja.

Ignorantes de la amenaza que les rodeaba, siguieron hablando sin darse cuenta del peligro que corrían.

El hombre que les acechaba tampoco se apercibió de que era observado por un individuo que acababa de cruzar la calle. Ésta se internaba por entre los árboles que rodeaban la Embajada.

El hombre del puñal avanzó unos pasos, saltó la verja y fue a situarse a pocos pasos de Charles.

De pronto levantó el brazo, y el arma brilló con reflejos siniestros.

Pareció tomar puntería, y al fin lanzó el cuchillo con todas sus fuerzas; pero en aquel momento detonó una pistola, y vióse al asesino llevarse la mano izquierda al brazo herido.

¡El puñal malayo, clavado en el tronco de un nogal, quedó vibrando como la lengua de una serpiente venenosa!

El criminal, al darse cuenta de su fracaso, desenfundó un pequeño revólver y se dispuso a disparar, pero también esta vez llegó tarde en sus propósitos, y una nueva detonación anunció su caída aparatosa.

Charles se levantó asombrado, diciendo:

—Pero ¿eres tú, Toby?

—Tuve el capricho de seguirte, y no quise quedarme en el hotel. Como ves, estuve acertado, porque mira quién es el agresor.

Y acercándose al muerto le dio vuelta, colocándole boca arriba.

—¡Ly Shan!

Ruth estaba tan asustada, que aún no había despegado los labios.

Llegaron los motoristas de servicio en la Embajada y se hicieron cargo del cadáver, el cual fue identificado al momento.

Era un hombre que tenía un triste historial. Desertor de Manchuria, cruzó el Yalú y durante algún tiempo se entregó al bandidaje, cometiendo toda clase de tropelías, hasta que tropezó con el coronel Maskof, que andaba reclutando seres de aquella calaña, y ahora acababa de morir por la espalda, como los traidores. Justo final para su miserable vida.

El embajador vino al encuentro de su hija, quien se arrojó en sus

brazos sollozando, al tiempo que decía:

—¡Ay, papá, vivimos en una tierra de asesinos!

—Te equivocas, hija mía; es tierra de hombres. Lo que pasa es que no saben por dónde se andan. Un viento de confusión los azota. Ese individuo que acaba de rendir su vida en defensa de una mala causa era un traidor, y los traidores es una mala hierba que crece en todas partes.

Subieron al «*hall*», en donde les sirvieron unos «Martinis». Por primera vez, Ruth bebió medio vaso de ginebra.

En realidad, todos estaban un poquito nerviosos.

Apareció un empleado, y dirigiéndose al embajador dijo así:

—Señor: un representante del Gobierno pide hablar con vuestra excelencia.

—Está bien. Hazle pasar al despacho.

Alejóse después de disculparse con sus huéspedes, y éstos pidieron permiso a Ruth para retirarse.

Poco después estaban en la calle.

Al pasar creían ver miradas hostiles por todas partes, pero ellos nada temían, porque luchaban por una causa justa.

De pronto dijo Toby:

—¡Ya sé dónde está el coronel!

—En ese caso, vamos a buscarle.

Y con las manos en los bolsillos y silbando alegremente se perdieron por entre aquella red de inmundas callejuelas.

X

EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS

Sacudimiento extraño
que agita las ideas,
como huracán que empuja
las olas en tropel.
Murmullo que en el alma
se eleva y va creciendo,
como volcán que, sordo,
anuncia que va a arder.



HARLES era la personificación de la caballería, y hay momentos en la vida en que es necesario prescindir de ciertas delicadezas. Él había prometido a «Crisantemo» entregarle al coronel, y no cesaba de preguntarse por qué aquel interés tan grande por apoderarse del

aventurero. Desde luego, debía de existir una poderosa razón para obligarla a desear la captura del peligroso guerrillero.

Toby le condujo por unos callejones hasta las proximidades del templo del dragón.

—Todo está minado —dijo Toby—, y por una de aquellas grietas desapareció el coronel.

Se hundieron en silencio por el sombrío boquete, y poco a poco la luz solar fue desapareciendo. Había filtraciones, y el agua rezumaba de los peñascos, cayendo en gotas anchas con siniestro rumor.

Sobre las paredes extendíanse unos listones, y por debajo de ellos brotaba el agua en múltiples hilillos, que la luz de un farol colgado del techo convertía en brotes de sangre, en supuraciones bermejas. De vez en cuando parecía salir del muro una mano esquelética y gigantesca. La ilusión óptica era perfecta, y los brazos esqueléticos eran traviesas de madera, armazones de hierro, simples apoyos para evitar un derrumbamiento; más de tarde en tarde, tanto él como su compañero veían boquetes enormes, aberturas negras de límites imprecisables. Por aquellas aberturas salían ruidos temerosos, rumores de fragua.

Este paisaje dantesco se dibujaba ante las pupilas de Charles como un sueño espectral. Aquella bajada entre sombras, aquella lenta caída de seiscientas yardas de altura, aquel golpear incesante del agua, aquellos brazos extendidos y amenazantes, aquellas bocas negras que vomitaban ruidos sordos y reflejos de fuegos fatuos producían en los hombres del

F. B. I.

una horrible sensación de angustia muy parecida al mareo. El estómago de Toby sentía dolorosos espasmos y el corazón de Charles palpitaba sin ritmo.

Por fin se decidieron al descenso por uno de aquellos horribles boquetes. Toby, con paso de somnábulo, siguió a su compañero. A cada segundo tropezaban en obstáculos imprevistos y sus pies se hundían en tapices de fango líquido. El aire frío que penetraba por las grietas laterales, heridas del tiempo, era frío y helaba sus pulmones trementes; sus pupilas se dilataban con angustia, tratando de ver en la sombra. La luz de la linterna eléctrica, reflejando contra las paredes, convertía en petrificados arroyuelos de plata las

vetas de plomo.

Se detuvieron en una especie de plazoleta en la que se veían dos enormes ruedas de madera colocadas sobre elevados soportes de piedra.

Hasta ellos llegó un extraño rumor; era, sin duda, una corriente de agua subterránea.

Toby movió una palanca, y se abrió el piso en una extensión de varios metros.

¡Allí estaba el secreto! ¡Allí estaba la trampa!

Charles hizo girar una de las ruedas, y el nivel de agua empezó a descender, y con un rumor de tormenta, el oleaje enfurecido buscó nuevos cauces.

Charles descendió tres escalones, viendo un pasadizo muy oscuro que se perdía entre aquellos abismos de piedra. Hallaron grandes arcones llenos de huesos humanos, muchos de ellos convertidos en polvo.

Avanzaron, empuñando las pistolas y con la linterna apagada. Alrededor de una fogata descansaban unos hombres, y entre ellos reconocieron al coronel Maskof, el cual no vestía de uniforme.

Sus acompañantes eran seis; media docena de demonios de faz patibularia.

Uno de ellos, de bigote rizado y pelo renegrido, estaba hablando en aquel momento:

—El embajador americano embarca mañana en el vapor inglés «Newcastle», en el puerto de Fun Chow.

—Es necesario —replicó el coronel— evitar que ese hombre llegue a California. Tú embarcarás también, y durante el viaje procurarás que sufra un accidente.

Charles había escuchado con repugnancia aquellas palabras, que ponían al descubierto el alma negra de aquel hombre. Oprimió con fuerza la automática. Era un arma moderna de positivos resultados que nunca solía fallar.

—Nos veremos en San Francisco, en el barrio chino, en la casa del anticuario Liao Chen.

En aquel momento, Toby, que no podía estar quieto, resbaló en una piedra, y ésta fue rodando hasta el abismo. El ruido distrajo la atención de los revolucionarios, y uno de ellos giró rápidamente, empuñando un pistolón de grueso calibre; pero esta vez Toby estaba

al quite, y disparó contra él. El hombre, dando una voltereta, siguió el camino del guijarro y se hundió para siempre en aquellas aguas negras y sombrías.

No había que desmayar; la lucha estaba empeñada, y triunfarían los mejores.

Charles, desde el suelo, abrió fuego con su automática, segando la vida de tres hombres.

Tony despachó al otro que quedaba, y el coronel se encontró solo frente a las dos pistolas.

Charles no le dio tiempo a reaccionar, y de un culatazo lo envió contra el suelo.

—Regístralo, Toby.

—No tiene más que este papel.

—A ver, a ver...

Después de examinarlo y leerlo detenidamente, mientras Toby encadenaba al coronel, exclamó de pronto:

—Son los planos de las minas magnéticas.

—Lo que andábamos buscando.

Al intentar salir se encontraron desorientados. El coronel había recobrado el conocimiento, y al darse cuenta de la apurada situación de sus captores sonrió mefistofélicamente.

Después de dar varias vueltas se encontraron en la rotonda de las ruedas mecánicas.

Toby empujó la palanca, y una enorme corriente de agua pasó por debajo de ellos, barriéndolo todo.

Al fin lograron verse al aire libre, y respiraron satisfechos.

—¿A dónde me lleváis? —preguntó el coronel, mirando sus manos esposadas.

—A la ciudad prohibida —respondió Charles.

—Sí —agregó Toby, mirándole con descaro—. Parece ser que «Crisantemo» tiene mucho interés en verte.

El coronel dio un salto, como si le hubiera picado una tarántula, y deshaciéndose de un tirón exclamó:

—¡No, no quiero ver a esa maldita mujer!

—Dice que no quiere —habló Toby, lanzando una de sus homéricas carcajadas—. Como si fuera él el que mandase. Vendrás por las buenas o por las malas.

El coronel alzó las manos encadenadas, en un gesto de súplica,

diciendo:

—Soy rico, y puedo daros una fortuna. Acompañadme al Hotel Mychoko, y os daré lo suficiente para que podáis vivir ricos toda vuestra vida.

—¡Basta de charla! —dijo Charles, empujándole—. Nosotros no nos dejamos sobornar.

Al fin avistaron la alcazaba de la ciudad prohibida, en la que ondeaba la bandera nacional. Soldados de uniforme gris hacían guardia, y se veía que allí todo había cambiado.

—Pero ¿qué pasa aquí? —preguntó Charles, extrañado.

—Casi nada —respondió Toby—. Que el Gobierno se ha incautado de la fortaleza, y hay que suponer que lo hizo con el consentimiento de «Crisantemo».

Penetraron en la ciudad prohibida mostrando al oficial de guardia la insignia del

F. B. I.,

y el militar les hizo el saludo, acompañándoles a presencia de la que hasta entonces fuera jefe de una poderosa legión de guerrilleros. La encontraron en su sillón de mimbre saboreando una taza de té servida por un criado chino.

Los ojos de «Crisantemo» fulguraron con chispazos de alegría al reconocer al coronel, y lanzando una carcajada exclamó:

—Vaya, después de tantas andanzas vuelvo a verte con dos esposas. Lo tienes bien merecido, y ahora sabrás lo que cuesta la traición.

Y volviéndose a Charles, agregó:

—Gracias, amigo. Ya sabía yo que podía confiar en tu palabra; por eso no vacilé en hacer entrega de los dos cartógrafos, porque sabía que no saldría defraudada. He disuelto mis guerrillas y pienso ocultarme en la montaña, porque mi misión ya está cumplida al vencer a los odiosos «Esclavos de la Libertad»; claro que con tu ayuda, no he de negarlo. El Gobierno manda ahora en la ciudad prohibida, que es ciudad abierta.

—¿Y aquella coreanita de los ojos de almendra que se llamaba Ny Fu? —preguntó Toby.

—Se marchó con su marido —respondió ella.

—¡Qué mala suerte! Para una vez que pienso enamorarme, resulta que la chica tiene dueño.

En aquel momento apareció un comandante de Artillería de las fuerzas de ocupación, y saludando muy deferente a los allí reunidos exclamó:

—Bueno, señorita. Vengo a hacerme cargo del prisionero. Mañana mismo comparecerá ante un Consejo de guerra.

Toby se acercó al coronel y le quitó las esposas. A una seña del comandante, dos hombres armados de bayoneta se colocaron a los lados de Maskof.

Antes de salir, el coronel volvió la cabeza, y mirando a «Crisantemo» dijo con acento feroz:

—Sólo siento que no me acompañes en el último viaje. Pero quiero que sepas que yo no soy un traidor; luché contra los invasores de mi patria, y he perdido.

Salió con la cabeza erguida, mientras ella se apresuraba a servir unas tazas de té a sus amigos.

—Y ahora nos despedimos —dijo ella, tendiéndoles la mano.

—Una pregunta —habló Charles—: ¿qué era ese hombre para ti?

—¡Mi marido!

Han pasado tres años, y durante ese tiempo se han escrito en la historia del mundo páginas sangrientas.

En una tarde primaveral, un cache «Wolff» bajaba por la calle Catorce de Nueva York, conducido por Toby, que ahora ostentaba en las hombreras los galones de comandante. ¡Aquel tenientillo de Quantico había dado un salto en su carrera!

Sentados en el asiento posterior iban Ruth y Charles. Ella provocaba la admiración de los paseantes. En realidad, era muy bella; sobre el cuello redondo y fuerte se erguía una cabeza de sultana oriental; cabeza de ojos negros y apasionados, de celajes espesos, de pestañas largas, que ensombrecían los azules de dos anchas ojeras; la nariz, un si es no es respingona, se ensanchaba hacia las ventanillas, como afanosa por respirar aires de deleite; era la boca grande, de labios rojos, de blanquísimos dientes; el mentón, firme, partido en dos por un hoyuelo; la cabellera, de azabache, profusa, caía sobre las orejas en naturales ondas. Un sombrero de alas cumplidas endoselaba el puro dibujo de la frente. En la boca había una sonrisa, quizá el prólogo de un beso; los ojos atraían y estremecían a la vez: tan sensual era el entornamiento de los párpados, tan profundo el resplandor de sus pupilas.

Cuando llegaron al Central Park, se detuvieron, para aplacar la sed, en un quiosco situado en el campillo; la dorada cerveza refrescó sus ardores, y poco después se ponían en marcha.

—¿Qué sucede en Corea? —preguntó ella.

—Todos los presagios funestos se han cumplido: la barrera de fuego ha destruido los hogares de nuestros amigos, y de la ciudad prohibida sólo quedan escombros y cenizas; también el templo del dragón, esa maravilla del siglo v, ha desaparecido, y en su lugar, ves un enorme cráter humeante. La pobre «Crisantemo» ha muerto de una bala amiga; como ves, sólo hemos ido a causar perjuicios, lágrimas y sinsabores; pero es la guerra. En cambio, encontré el amor, y mi amigo Toby, unos galones más anchos.

Después de una pausa, agregó:

—Pero no todo se ha perdido, porque hemos salvado la integridad de muchos pueblos sometidos al invasor.

—¿Por qué no hablamos de otra cosa? —preguntó ella.

En aquel momento, Toby detuvo el coche y encendió un cigarrillo; no tardó mucho en hacerlo y, de pronto, volvió la cabeza al sentir risas y carcajadas.

Un grupo de curiosos rodeaba el coche, señalando a los ocupantes.

Ruth, en brazos de Charles, era besada por éste. Un guardia de la circulación se aproximó, decidido, y, levantando el bastón, exclamó:

—Según el artículo ciento noventa y siete de las ordenanzas de tráfico, queda prohibido todo estacionamiento en la vía que pueda causar trastornos.

Charles, sacando un puro, se lo introdujo al guardia en la boca, al tiempo que decía a Toby:

—Sigue, muchacho.

Seguidos por una tempestad de aplausos, se perdieron en la calle, mientras el sol doraba las aguas de los muelles y los picos de los rascacielos. Todo era armonía en aquella ciudad de ensueño, donde las horas se deslizaban plácidas y el tiempo era también como un suave paliativo a la violencia de las grandes pasiones.



EDITORIAL ROLLAN

en su afán noble de poner al alcance de todos los públicos, por muy reducida que sea su capacidad económica, las mejores obras *inéditas* de los autores de fama internacional, sacrifica sus intereses al crear la inigualable Colección

NOVELISTAS DE HOY

un verdadero alarde editorial por su presentación exquisita (toda la cubierta dibujada por mano maestra, impresa en offset a seis tintas y con solapas), en especial tamaño de bolsillo, y al precio ínfimo de CINCO pesetas.

COLABORADORES DE

NOVELISTAS DE HOY

Ignacio AGUSTI, Pío BAROJA, Tomás BORRAS, Fernando CASTAN PALOMAR, Camilo José CELA, Francisco de COSSIO, Darío FERNANDEZ-FLOREZ, Wenceslao FERNANDEZ-FLOREZ, Alberto INSUA, Carmen LAFORET, Alvaro de LAIGLESIA, Rafael LOPEZ DE HARO, José MONTERO ALONSO, José María PEMAN, Manuel POMBO ANGULO, Juan PUJOL, Felipe SASSONE, Francisco SERRANO ANGUITA, Luis Antonio de VEGA, José Antonio de ZUNZUNEGUI y otros autores famosos.

1.º CENTENARIO TRIUNFAL

del

F. B. I.

EDITORIAL ROLLAN celebra cumplidamente la publicación del número 100 de su magnífica e inigualable

Colección F. B. I.

y hace partícipe del éxito a sus lectores asiduos, brindándoles la mejor novela que nunca se ha editado, con las siguientes características:

TÍTULO: YO, DIRECTOR del F. B. I.

AUTOR: ALF MANZ

Presentación: DIBUJO EN CUBIERTA COMPLETA Y A TODO COLOR.

Páginas: DOSCIENTAS VEINTICUATRO.

Precio: OCHO PESETAS.

Tema: LA VIDA INTIMA DEL ASTUTO Y AUDAZ DIRECTOR DEL F. B. I., JOHN EDGAR HOOVER, DESCRIBIENDOSE FIEL Y EMOTIVAMENTE EL FUNCIONAMIENTO INTERNO DEL F. B. I.

ADQUIERA EN QUIOSCOS Y LIBRERÍAS EL GRAN
EXTRAORDINARIO DEL F. B. I.

YO, DIRECTOR del F. B. I.

por

ALF MANZ

EL INOLVIDABLE AUTOR DE ¡CULPABLE!

HA APARECIDO

PROEZAS

EDITORIAL ROLLAN

[LA EDITORIAL *de los* EXITOS!]

sabía que los lectores anhelaban otra clase de novelas que hiciesen pareja, por su calidad, interés y originalidad, con las de la soberbia

Colección F. B. I.

Y para complacer al público, harto de leer otras series de baja categoría, EDITORIAL ROLLAN, tras un profundo estudio y después de una selección cuidadosa de temas y autores, lanza al mercado una NUEVA COLECCIÓN, que no tiene rival (a excepción del F. B. I.) porque marca un género desconocido hasta ahora:

PROEZAS

Esta Colección refleja, como su título indica, las emocionantes proezas de hombres audaces en lucha mortal contra la Adversidad, acuciados por los peligros del mundo actual, en ambientes exóticos y donde las pasiones son tan fuertes que conmueven hasta las raíces del ser humano.

Los más famosos escritores internacionales colaborarán en esta novísima Colección (cuyo precio es solamente de CINCO PESETAS) y buena prueba de ello es que

ALF MANZ

el inolvidable autor de tantas y tan geniales obras, ha escrito el primer número, una novela incomparable, titulada

LA JUNGLA EN ARMAS

++

HOMBRES MUJERES Y JOVENES LEERAN

PROEZAS

[LA NOVELA DE TODOS Y PARA TODOS!]

5 Pesetas.

